

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

LOU CARRIGAN

LOS BUDOKAS ASESINOS



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

LOU CARRIGAN

LOS BUDOKAS ASESINOS

Colección ¡KIAI! n.° 76

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

71 —El brillo de las navajas — Ralph Barby.

72 —La banda del trébol rojo — Clark Carrados.

73 —El Makimono — Lou Carrigan.

74 —Cinco discos de Jade — Curtis Garland.

75 —El dogal al cuello — Clark Carrados.

ISBN 84-02-049524

Depósito legal: B. 15.793 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1978

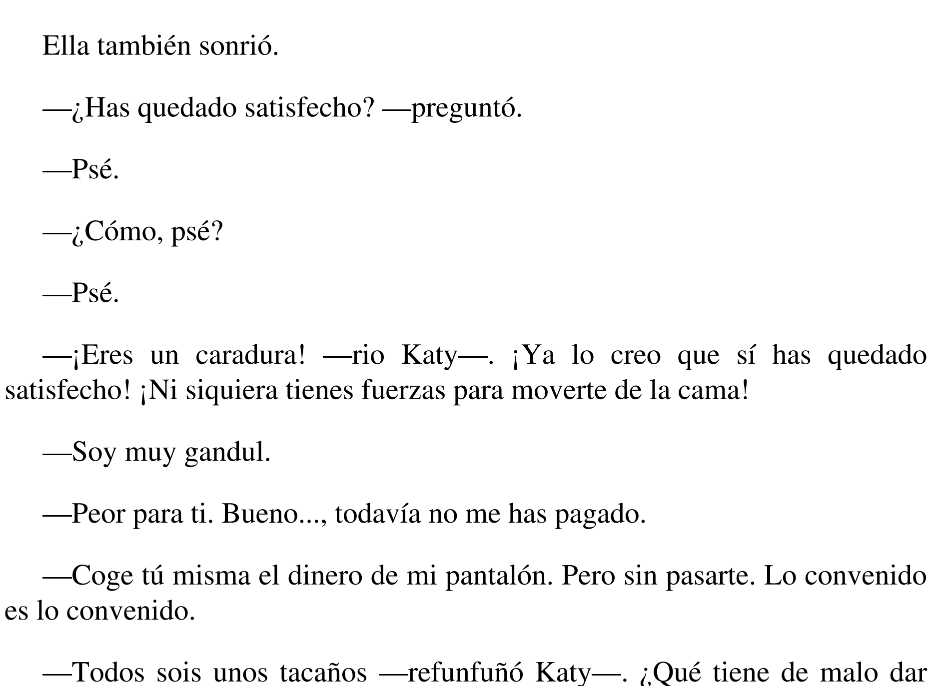
Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO- KAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

LOS BUDOKAS ASESINOS

Katy salió del pequeño cuarto de aseo, y miró al hombre que todavía yacía en la cama.



El hombre la miró a su vez, y sonrió al ver a Katy desnuda y recordando el rato que acababan de pasar.

Ella también sonrió.

—¿Has quedado satisfecho? —preguntó.

—Psé.

—¿Cómo, psé?

—Psé.

—¡Eres un caradura! —rio Katy—. ¡Ya lo creo que sí has quedado satisfecho! ¡Ni siquiera tienes fuerzas para moverte de la cama!

—Soy muy gandul.

—Peor para ti. Bueno..., todavía no me has pagado.

—Coge tú misma el dinero de mi pantalón. Pero sin pasarte. Lo convenido es lo convenido.

—Todos sois unos tacaños —refunfuñó Katy—. ¿Qué tiene de malo dar una simpática propina después de pasar un rato tan agradablemente?

—Está bien: toma cinco dólares más.

Katy dio un gritito de alegría, fue a la silla donde habían quedado los pantalones del hombre, y de un bolsillo sacó un rollo de billetes. Contó la cantidad acordada, más cinco dólares, y mostró los billetes extendidos al hombre, que asintió.

—Supongo que no te importará que me vaya —sonrió—. La noche es larga todavía.

—Eres una zorra —masculló el hombre.

—Bueno, la vida no da oportunidades a todas las mujeres para ser princesa... ¿Volverás por aquí?

—Seguro que sí.

—Eso quiere decir que te ha gustado —rio ella, besándole en la boca—. ¡Hasta otra, pimpollo!

Salió de la habitación alquilada en el sórdido hotel de Chinatown, Nueva York, y bajó rápidamente las desgastadas escaleras.

Salió a la calle contenta y satisfecha. Parecía que la noche empezaba bien.

Los tres hombres aparecieron de pronto, justo cuando Katy estaba a punto de llegar a una avenida más amplia, dejando atrás el callejón en el que estaba el hotel. Se sobresaltó sólo un instante, pasando a sonreír inmediatamente. ¿Por qué iba ella a asustarse de hombres? ¡Al contrario, cuantos más hombres, mejor...!

Katy se equivocó completamente.

La primera noticia que tuvo de ello fue el violento empujón que la derribó de espaldas. Y todavía estaba rodando por el suelo cuando una mano la asió por la ropa del pecho, y tiró fuertemente de ella hacia arriba, para ponerla en pie.

La ropa se rasgó, dejando al descubierto el pecho de Katy, y fue entonces cuando ella comenzó a gritar.

Gritó de nuevo cuando fue arrojada a la pared, en la que rebotó, para caer de rodillas.

Así estaba cuando comenzó a oír el silbido. Alzó la cabeza, desorbitados los ojos, todavía temblando el grito en sus labios...

Algo silbó con más fuerza en el aire, y fue a golpear en un hombro de Katy.

Cayó sentada, casi perdido el conocimiento, y entonces fue alzada de nuevo y tirada de un empujón hacia el centro del callejón. La luz de la otra avenida iluminó el rostro de Katy, desencajado por el terror y el dolor. Un dolor tal, que sus piernas se doblaban, le parecían de trapo.

Pero la luz iluminó ahora mejor a los tres hombres, y las armas que empuñaban. Como en un flash fotográfico, Katy vio aquella cadena que relucía a la luz, y que estaba silbando, girando por encima de la cabeza del

hombre que la manejaba. Otro hombre hacía girar, también por encima de su cabeza, un palo... que parecía roto. Eran dos palos unidos por una delgada cadena. El tercer hombre se estaba colocando en la mano derecha algo también brillante, con puntas...

En el momento en que Katy distinguía, entre brumas, el rostro oriental de uno de los hombres, éste movía el brazo hacia ella, y la mitad suelta de aquella especie de palo roto volvía a golpear a Katy, ahora, en el brazo izquierdo; y todavía estaba Katy tambaleándose y gritando de nuevo cuando la cadena iba hacia ella, y golpeaba en su rostro, como una serpiente de fuego.

La muchacha no pudo resistirlo. Cayó de rodillas, y acto seguido de bruces. Pero el hombre que se había colocado el puño de hierro con clavos se acercó a ella, la puso en pie utilizando la mano desnuda, y la golpeó en el vientre con el puño de hierro.

Katy ni siquiera tuvo fuerzas para gemir. El hombre la empujó, el palo roto volvió a silbar, y golpeó la cabeza de Katy. Simultáneamente, la cadena se hundía con blanco chasquido en los desnudos senos de la muchacha, que cayó hacia atrás.

El del palo roto, furioso al parecer, saltó hacia donde había caído Katy, y volvió a golpearla. La cadena silbó, golpeó en una rodilla de Katy, y la carne fue cortada y arrancada, dejando ver el hueso.

De nuevo vibró en el tenebroso callejón el grito de una mujer. Pero esta vez no provenía de Katy, sino de la avenida, por detrás de los tres hombres, que se disponían a seguir golpeando. Hubo un instante de sorpresa, de desconcierto. Acto seguido, los tres hombres se volvieron hacia la avenida, exponiendo sus rostros a la luz que llegaba de allí.

Y vieron a otra mujer, parada en la entrada del callejón, mirando hacia ellos, gritando.

La luz daba por detrás en la mujer, de modo que no pudieron ver el rostro de ésta: sólo su silueta, el contorno de sus cabellos.

—¡Tráela! —jadeó uno de los hombres.

El oriental que manejaba el palo roto saltó hacia la mujer recién aparecida, pero ésta fue velocísima; dio media vuelta y echó a correr, alejándose, sin dejar de gritar. El japonés apareció en la avenida, blandiendo por encima de su cabeza el palo roto, dispuesto a golpear a la testigo, pero ésta corría asombrosamente veloz, acercándose al centro de la calzada, haciendo señas a un coche para que se detuviese.

Se oyó el frenazo, la voz de la mujer, apareció un hombre...

El oriental dio media vuelta, y corrió hacia el callejón, llegando junto a los otros dos hombres.

—¡Vámonos! —jadeó—. ¡Viene más gente!

Y los tres desaparecieron hacia la profundidad del callejón de Chinatown, el barrio chino de Nueva York.

CAPITULO PRIMERO

Rock Forrest estaba en el snack al que solía acudir los mediodías para almorzar un par de bocadillos con café y zumo de frutas, momento que aprovechaba para echar un vistazo al televisor colocado en un sólido estante a un lado del mostrador. Como no era muy hablador prefería atender con más o menos interés, las noticias que entablar una conversación casual con cualquier otro cliente.

Y esto era así, aunque el otro cliente fuese tan atractivo como la rubia que, sentada cuatro taburetes más allá ante el mostrador, le miraba sonriente. Como de tonto no tenía un pelo, Rock se había dado cuenta de esto, pero como si nada. Masticaba reposadamente su bocadillo de pollo, y miraba la televisión.

La rubia no se dio por vencida. Tomó su plato con el cubierto especial de Andrew's, y cambió de asiento, ocupando el taburete inmediato a Rock Forrest, a su derecha. El televisor estaba hacia la izquierda, de modo que, posiblemente, Forrest no se dio cuenta de la descarada maniobra.

Al menos, pareció no darse cuenta.

Toda su atención estaba centrada en las noticias.

La rubia estuvo unos segundos contemplando a sus anchas lo que podía ver de Rock Forrest: los cabellos rubios bastante largos; el cuello nervudo, musculado; los hombros increíblemente anchos; la impresionante barbilla; la sólida quijada que trituraba el bocadillo de pollo; las grandes manos de largos dedos fortísimos...

—¡Cómo está el mundo, ¿eh?! —exclamó la rubia.

Rock Forrest volvió la cabeza hacia ella. Su rostro era granítico, hermético, impresionantemente varonil. Tan masculinamente atractivo que la muchacha sintió como un pellizco en el estómago.

—¿Cómo está? —preguntó amablemente Rock.

—Pu-pues... hecho un asco, ¿no?

Rock Forrest frunció el ceño, meditó unos segundos, y acabó por asentir, con gesto grave.

—Es cierto —admitió—: está hecho un asco.

—Sí, sí... ¡Un asco!

—Un asco, cierto.

—Un... un asco muy grande. Rock sonrió.

—Un asco enorme —apoyó la opinión de la rubia.

—Un asco grandísimo.

—Muy grandioso, es verdad. Aunque la culpa no es del mundo, naturalmente.

—¿No? —abrió mucho los ojos la rubia—. ¿Pues de quién es?

—Digo yo que será de la gente del mundo.

—¡Ah!

—¿No está de acuerdo?

—Sí, sí... ¡Naturalmente!

—Así pues, llegaremos a la conclusión de que lo asqueroso no es el mundo, sino la gente.

—Claro... Claro, eso es.

—Y resulta lamentable.

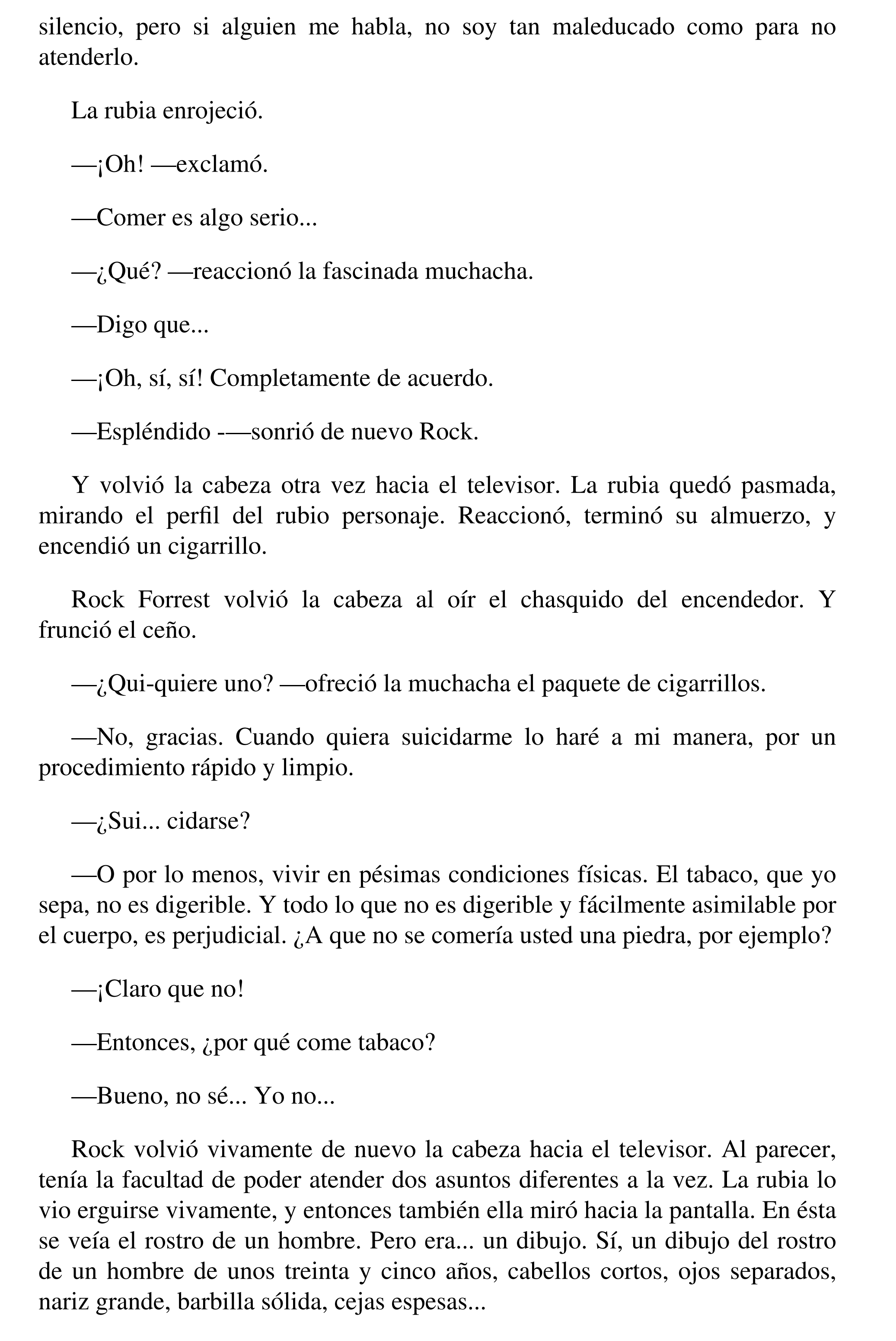
—Muy... muy lamentable.

—¿Sabe? —volvió a sonreír Rock—. No siempre es así, de todos modos y afortunadamente. De cuando en cuando, uno se encuentra con una chica simpática, y entonces el mundo no parece tan asqueroso.

La rubia sonrió felicísima.

—Usted también es simpático —dijo.

—Me parece que se equivoca. Soy amable, nada más. Me gusta comer en


silencio, pero si alguien me habla, no soy tan maleducado como para no atenderlo.

La rubia enrojeció.

—¡Oh! —exclamó.

—Comer es algo serio...

—¿Qué? —reaccionó la fascinada muchacha.

—Digo que...

—¡Oh, sí, sí! Completamente de acuerdo.

—Espléndido -—sonrió de nuevo Rock.

Y volvió la cabeza otra vez hacia el televisor. La rubia quedó pasmada, mirando el perfil del rubio personaje. Reaccionó, terminó su almuerzo, y encendió un cigarrillo.

Rock Forrest volvió la cabeza al oír el chasquido del encendedor. Y frunció el ceño.

—¿Qui-quiere uno? —ofreció la muchacha el paquete de cigarrillos.

—No, gracias. Cuando quiera suicidarme lo haré a mi manera, por un procedimiento rápido y limpio.

—¿Sui... cidarse?

—O por lo menos, vivir en pésimas condiciones físicas. El tabaco, que yo sepa, no es digerible. Y todo lo que no es digerible y fácilmente asimilable por el cuerpo, es perjudicial. ¿A que no se comería usted una piedra, por ejemplo?

—¡Claro que no!

—Entonces, ¿por qué come tabaco?

—Bueno, no sé... Yo no...

Rock volvió vivamente de nuevo la cabeza hacia el televisor. Al parecer, tenía la facultad de poder atender dos asuntos diferentes a la vez. La rubia lo vio erguirse vivamente, y entonces también ella miró hacia la pantalla. En ésta se veía el rostro de un hombre. Pero era... un dibujo. Sí, un dibujo del rostro de un hombre de unos treinta y cinco años, cabellos cortos, ojos separados, nariz grande, barbilla sólida, cejas espesas...

—...Callejón de Chinatown —se oía la voz del locutor de turno—. La

testigo vio a los tres hombres, pero solamente pudo distinguir con la suficiente claridad a dos de ellos. Uno era de raza asiática, un chino, un japonés quizá, o un vietnamita. Los otros dos eran blancos, y uno de ellos; el que pudo distinguir bien la testigo, es el que ofrecemos en pantalla. Es un retrato-robot, realizado por los dibujantes de la policía siguiendo las indicaciones de la testigo. Como es natural la policía agradecerá cualquier información sobre el paradero de este hombre, que, junto con otro hombre blanco y un oriental, mataron a golpes de cadena, de palos y, al parecer, con un puño de hierro, a Catherine Vinter. Se ignoran los motivos de la agresión, pero, considerando que la víctima no fue robada, y teniendo en cuenta su profesión, cabe pensar en algún ajuste de cuentas por celos o, también, un escarmiento dado a Katy por cuestiones económicas al no compartir sus ingresos con uno o los tres individuos que la asesinaron. En nuestro próximo servicio informativo esperamos tener más noticias que ofrecerles. Y cambiando de tema, ha sido detenido en Atlantic City el...

Rock Forrest desvió la mirada del televisor, y se quedó mirando su casi terminado bocadillo de pollo. Estaba lívido. La rubia, que lo miraba atentamente, murmuró:

—¿Se encuentra mal?

—Un poco —asintió Rock.

—¿Quiere que llame...?

—.No necesito nada, gracias —dejó el resto del bocadillo en el plato, y junto a éste, un bistec—... Discúlpeme, señorita, pero tengo que marcharme.

—Oh, sí, claro...

Rock Forrest ya caminaba hacia la puerta del Andrew Snack. Pero, de pronto, dio media vuelta, y desvió acto seguido su marcha hacia el fondo del local, donde estaba el teléfono. Introdujo unas monedas en el aparato, y marcó un número.

—¿...?

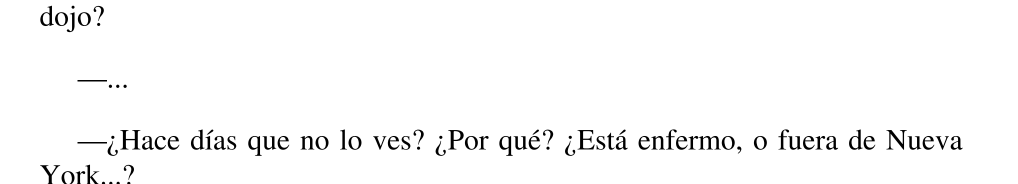
—¿Eres Yamagami?

—¡...!

—Sí, soy Rock. Oye, ¿has visto la televisión?

—...

—Deberías haberla visto. Dime, Yama: ¿sigue Peter entrenándose en tu



dojo?

—...

—¿Hace días que no lo ves? ¿Por qué? ¿Está enfermo, o fuera de Nueva York...?

—...

—No tienes ni idea... Bien. Me parece que nuestro compañero budoka se ha metido en un lío. Yama. Compra los periódicos esta tarde. O sal a comprar los de la mañana: quizá venga algo en ellos. ¿Puedo pedirte un favor?

—¡...!

—Gracias. Si Peter te llamase, dile que se ponga en contacto conmigo cuanto antes. Pero si la policía aparece por ahí, no me menciones. ¿De acuerdo?

—¿...?

—Sí, sí, por tu dojo, querido amigo. Cualquier otro de tus alumnos puede identificar a Peter, y avisar a la policía sin decirte nada. O quizá te hagan preguntas directamente, antes de llamar a la policía. Tú haz lo que tengas que hacer, pero no me menciones. ¿Okay, Yama?

—¿...?

—¿Que qué pasa...? Bueno, parece que, salvo que cierta foto-robot esté muy equivocada, Peter ha hecho algo... increíble. Compra los periódicos. Te llamaré más tarde.

Colgó el auricular, y quedó pensativo. Su primera idea había sido llamar primero a Peter Brodine, pero había desistido pensando que no estaría en su apartamento. Pero..., ¿por qué no? Aquello tenía que ser un error. Claro: tenía que ser un error. En cuyo caso, quizá Peter estuviese tan tranquilo en su apartamento.

Así que marcó el número de Peter Brodine. Nadie contestó.

Pulsó la horquilla, y marcó de nuevo el número de Peter Brodine. Nada. Colgó el auricular, y de nuevo quedó pensativo. ¿Y si fuese personalmente al apartamento de Peter? Decidió que no. Si Peter no contestaba, era que no estaba en su apartamento..., lo que parecía muy lógico, teniendo en cuenta las circunstancias.

«Maldita sea —pensó—. ¡Esa foto-robot tiene que estar equivocada! Apuesto a que esa testigo no sabe distinguir un melón de un plátano.»

¡Tres budokas asesinando a una mujer...! ¡Imposible!

Rock Forrest sabía que tenía que hacer algo, pero..., ¿qué? El nombre de la testigo no había sido mencionado en la televisión y tampoco aparecía en los periódicos. Era lógico. La policía mantendría el secreto en aras a la seguridad de aquella cegata charlatana. Sólo ellos sabían quién era, y la utilizarían en el momento oportuno. Mientras tanto, era posible incluso que la testigo estuviese protegida.

«Lo mejor que podrían hacer —dedujo finalmente Rock— sería comprarle unas gafas.» Bien: ¿por dónde empezar?

Tras mucho pensar y llegar finalmente a la conclusión de que no tenía ninguna otra pista, se resignó a utilizar la única razonable de que disponía, y que en principio había rechazado: iría a echar un vistazo al apartamento de Peter Brodine, su compañero budoka.

* * *

Peter Brodine vio detenerse el taxi delante del edificio donde tenía su apartamento, y se quedó mirándolo con expresión ausente. Pero, al ver al hombre que se apeó del taxi y tendió un billete al conductor, respingó, y se volvió hacia el hombre que estaba junto a él en el asiento de atrás del coche.

—¡Ese es Rock! —exclamó.

El otro se lo quedó mirando fijamente. Era un anciano japonés de rostro arrugado, cabeza afeitada y cuello que parecía un palillo retorcido. Diminuto, seco, insignificante..., solamente en sus pequeños y negrísimos ojos de penetrante mirada parecía haber vida.

—¿Y quién es Rock? —preguntó.

—Un antiguo compañero... Estuve con él algunos años en Japón. ¡Es de mucho cuidado!

—¿Y qué viene a hacer aquí?

—No tengo ni idea. Pero seguro que viene en mi busca. Y si encuentra a Dillman y Takeuchi arriba, ellos lo van a lamentar, puede estar seguro de eso, Masayuki.

Kato Masayuki frunció el ceño, y miró hacia el hombre alto y rubio que entraba en el portal del edificio. Arriba, en el apartamento de Peter Brodine, Takeuchi y Dillman estaban recogiendo las cosas de Brodine, para no dejar ninguna pista, cosa que podía ser peligrosa después de aquella maldita foto-robot aparecida en los periódicos y en la televisión.

Y ahora, más complicaciones: el tal Rock.

—¿Entiendo que es un sujeto peligroso? —murmuró.

—¿Que si Rock Forrest es peligroso? —farfulló Brodine—. Bueno, es Cuarto Dan de Judo, y además conoce trescientas mil triquiñuelas: no tiene ni para empezar, con Dillman y Takeuchi.

—En ese caso, habrá que hacer algo...

* * *

Rock Forrest se detuvo delante de la puerta del apartamento de su amigo Peter Brodine, y se dispuso a llamar al timbre. Pero se quedó con la mano en alto y la mirada fija en la puerta... Desvió la trayectoria de la mano, y con un dedo empujó la puerta, que cedió. Parpadeó, frunció el ceño..., y terminó de empujar la puerta, sin hacer el menor ruido.

Entró, ajustó de nuevo la puerta tras él, y escuchó con atención. Sí, se oía rumor hacia el fondo del apartamento. Incluso le llegó una voz ahogada, en tono bajo, contenido. Y por cierto que no era la voz de Peter.

Se deslizó en completo silencio hacia el dormitorio. Cuando apareció en la puerta de éste, vio a los dos hombres; uno era de raza blanca; el otro, japonés. El de raza blanca estaba sacando cosas del armario, y el japonés las iba metiendo dentro de una maleta abierta colocada sobre la cama.

Rock se apoyó con un hombro en el marco de la puerta, y saludó, amablemente:

—Buenas tardes. ¿Puedo ayudarles en algo?

Los dos hombres respingaron fuertemente, y se volvieron de un salto, dándole frente. Se quedaron mirándolo con expresión de sobresalto, pero en seguida, el de raza blanca esbozó una torcida sonrisa.

—¿Te envía Masayuki? —preguntó.

—¿Cuál Masayuki? Conozco a dos personas que se apellidan así.

El japonés y el otro cambiaron una veloz mirada. De pronto, el japonés sacó un nunchaku del borde de una manga de su chaqueta, y soltó rápidamente un extremo. Dillman, por su parte, sacó una navaja, cuya hoja salió disparada al accionar el resorte.

—Tengo la desagradable impresión —dijo, sosegadamente—, de que ustedes no son personas de fiar. Y a lo peor, son los dos tipos que anoche acompañaron a Peter Brodine en la fiesta del callejón de Chinatown.

¿Acierto?

El japonés lanzó una exclamación ahogada, y alzó el brazo para comenzar a voltear el nunchaku.

Ni siquiera consiguió que diese las dos primeras vueltas.

En un instante. Rock Forrest se encontró en el aire volando hacia Takeuchi, que lanzó como pudo el primer golpe de nunchaku, todavía no bien controlado. En realidad, tan mal controlado, que Forrest no tuvo la menor dificultad en parar el golpe con el pie izquierdo, mientras el derecho silbaba en dirección a la cabeza del japonés, distendiéndose fuertemente la pierna.

El golpe acertó a Takeuchi en la frente, con seco chasquido, y el japonés cayó de espaldas sobre la maleta, girando hacia la cama, y deslizándose desde ésta al suelo...

Rock cayó junto a la cama, girando ya para dar frente a Dillman, que lanzaba el primer puntazo con su navaja, contraído el rostro en una mueca de furia y temor a la vez.

La mano izquierda de Rock detuvo el golpe sujetando como si fuese unas tenazas, la muñeca derecha de Dillman. Apartó el brazo derecho de éste, giró para darle la espalda al mismo tiempo que pasaba su brazo derecho por encima del hombro derecho de Dillman, y, cerrando la presa con sus dos brazos sobre el derecho del adversario, continuó girando con toda su fuerza, como queriendo describir una vuelta completa con Dillman pegado a su espalda.

El soto makikomi de judo fue sencillamente impecable: giraron los dos en el aire, despegados casi un metro del suelo, y fueron a caer en éste, Dillman debajo de Forrest, y de espaldas. El trastazo fue tremendo.

Tan sólo con la caída de espaldas Dillman podía haber quedado fuera de combate, pero, además, su cabeza golpeó contra el suelo, resonando como un coco. La pérdida de los sentidos fue fulminante.

Rock se puso en pie, y miró como sorprendido al americano y al japonés. Encogió los hombros, y se volvió para echar un vistazo al armario de Peter Brodine. Luego, miró la maleta, en la que, además de ropa, había otras pertenencias de Peter: libros, fotografías, algunos documentos...

Se quedó mirando, con nostálgica sonrisa, una de las fotografías, en la que había cuatro hombres; dos de ellos eran él y Peter Brodine, pasándose un brazo por los hombros, sonrientes, empapados en sudor, revueltos los cabellos húmedos... Brodine vestía el karategi, y él el judogi. ¡Ah, aquel día había sido...!

Oyó, por fin, el rumor a su espalda, pero ya no tuvo tiempo de hacer nada. Ni siquiera, de volverse.

Tras él, Peter Brodine estaba ya lanzando su mano derecha en demoledor shuto uchi. El impacto alcanzó a Rock en la nuca, y fue como si en lugar de haber sido golpeado con el simple canto de una mano le hubiesen golpeado con el canto de un ladrillo... Su cabeza pareció estallar en un millón de lucecitas de colores antes de que, en seguida, llegase la más densa oscuridad.

Cayó de bruces sobre la cama, con la fotografía bajo su pecho, y eso fue todo.

En el suelo, Takeuchi se movió, giró hasta quedar cara al techo, y abrió los ojos. Un instante después, se puso en pie de un salto, mirando a Brodine..., y entonces vio a Rock Forrest tendido sobre la navaja de Dillman, caída en el suelo. Se inclinó velozmente a recogerla, se volvió hacia Rock Forrest...

Peter Brodine le asió por la muñeca.

—Nada de eso —gruñó.

—¡Este tipo...!

—He dicho que nada de eso. Despierta a Dillman mientras yo termino de recoger mis cosas. ¡Para lo que ha servido que subierais vosotros...! Al final he tenido que hacerlo yo, y quizá alguien me haya visto, así que larguémonos cuanto antes. Me sorprende que nadie me haya identificado todavía y que la policía no esté ya aquí. ¡De prisa!

Le quitó la navaja a Takeuchi, que tras dirigir una mirada de odio a Rock, se dedicó a reanimar a Dillman.

Cuando Rock Forrest recobró el conocimiento, estaba solo en el dormitorio de su amigo budoka Peter Brodine. Estuvo unos segundos sentado en el borde de la cama, presionando con las puntas de los dedos en el lugar del cuello donde había recibido el shuto uchi. Y mientras tanto, se iba dando cuenta de que todas las cosas de Peter habían desaparecido. Y por supuesto, también la maleta.

Esto no tenía nada de sorprendente. Alguien le había sorprendido mientras él miraba la fotografía de... ¡La fotografía! Se volvió hacia la cama, y la vio allí. Se la guardó en un bolsillo. Tenía otra idéntica en su apartamento, y otras más en las que aparecía Peter... Sí, estaba pensando en que no debía sorprenderle que se hubiesen llevado las cosas de Peter. Pero sí le sorprendía que unos sujetos que parecían dispuestos a matarlo le hubiesen dejado con vida cuando lo tenían a su merced, y sabiendo que él podría identificarlos en cualquier momento.

Bien... Fuese como fuese, él tenía que encontrar a Peter.

No parecía nada fácil, sobre todo teniendo en cuenta que no quería comprometerse directamente, pues podría ser peor. Y sobre todo, no quería comprometer a Peter Brodine sin antes estar seguro de que él había hecho lo que decían que había hecho...

Rock Forrest se dio una palmada en la frente.

—¡Claro! —exclamó—. ¡Mike Dubbins!

* * *

Mike Dubbins apartó los bordes de la vaporosa bata de su esposa, y retrocedió, para contemplar a sus anchas el cuerpo desnudo bajo la liviana tela.

—Maldita sea mi estampa —masculló. Rosalind lanzó una carcajada.

—No haberte hecho policía —dijo—. Si tuvieses un trabajo normal, dentro de un par de horas estarías de regreso en casa, como todo el mundo..., y me encontrarías esperándote.

—Pero no habría estado contigo toda la mañana —guiñó un ojo Mike—. ¡Y no se puede decir que lo hayamos pasado mal!

—No —rio dulcemente ella—, Pero precisamente por eso siempre pienso que debes llegar al Precinto agotado.

—Soy un hombre muy fuerte.

—Sí. Pero si lo que hemos estado haciendo esta mañana, lo hicieses por la noche, luego tendrías varias horas para descansar. En cambio, al tener turno de noche, sales de aquí agotado.

—Que me quiten lo bailado. Además, no es turno de noche... Con un poco de suerte, estaré aquí alrededor de medianoche. Y si me estuvieses esperando...

—¡No seas fanfarrón! ¡Después de toda una mañana de amor, y una jornada de trabajo, no creo que llegues en condiciones para seguir la pelea!

—¡Hum! Ya veremos eso.

—Anda, márchate, fanfarrón... Y ten cuidado.

Mike Dubbins asintió, besó a su esposa en la boca, y, farfullando, salió de la casa. No se volvió a decir el último adiós porque sabía que, tal como estaba

vestida, si así podía decirse, Rosalind no saldría a la puerta.

Fue directo adonde tenía el coche, encendiendo un cigarrillo. Cuando alzó la mirada, vio al hombre que estaba de pie junto a su coche, y en gesto de sorpresa apareció en el rostro del sargento de detectives Mike Dubbins. Apretó el paso, y segundos después se detenía frente al hombre que estaba apoyado en su coche.

—¡Maestro! —exclamó—. ¿Qué hace aquí?

Rock Forrest frunció el ceño.

—Te he dicho varias veces que no me llames Maestro —gruñó—; no llego a tanto todavía.

—Bueno —rio Dubbins—, todo es proporcional en la vida. Para mí, usted es mi maestro, si tenemos en cuenta nuestra diferencia de conocimientos.

—Vamos a dejarlo en profesor —encogió los hombros Forrest—. ¿Te importa llevarme en tu coche?

—Claro que no. ¿Qué pasa?

—Hablaremos por el camino..., si es que puedes conducir, hablar y fumar al mismo tiempo.

Dubbins miró el cigarrillo, frunció el ceño, sonrió, y lo dejó caer y lo aplastó con un pie. Poco después, conducía su coche, alejándose de su casa. Junto a él, silencioso, Rock Forrest.

—¿Y bien? —preguntó Dubbins.

—Tengo que pedirte algo que posiblemente atentará contra tu modo de ver las cosas. Si es así, niégate a complacerte, simplemente. Yo siempre respeto mis principios, de modo que comprenderé que tú respetes los tuyos.

—Okay. ¿De qué se trata?

—¿Has visto la televisión? Concretamente las noticias de...

—Me temo —rio Dubbins— que no he prestado la menor atención a la televisión. Es más, ni siquiera la hemos puesto: Rosalind y yo teníamos cosas más agradables que hacer. Como tengo el turno malo esta semana...

—Ya —sonrió Rock—. Bueno, de todos modos sí estarás enterado del caso de esa prostituta que mataron a golpes en un callejón de Chinatown.

—¡Ah, sí! Precisamente, a juzgar por cómo describe las cosas la testigo, yo

diría que los tres hombres utilizaban armas... poco corrientes. Lo que quiero decir...

—Ya sé. Pero ni tú ni yo vamos a aceptar de buenas a primeras que eran budokas, ¿verdad?

—Claro que no. Aunque utilizasen nunchaku, debían ser unos cuantos canallas de esos que se cuelan en todas partes.

—Estamos de acuerdo. ¿Podrías enterarte del nombre y dirección de la testigo y comunicármelo, Mike?

—No será fácil —murmuró en seguida—. Aunque yo sea policía, no toda la información está a mi alcance.

—Puedo esperar. Lo que no quiero es que te sientas obligado a complacerme en contra de tus principios o reglamentos de la policía.

—Si esto me lo hubiese pedido cualquier otro, le partiría la cara. Pero si me lo pide usted, la cosa cambia muchísimo. Sea lo que sea lo que esté intentando, sé que no tendré que avergonzarme de haberle ayudado. ¿Dónde quiere que le llame cuando haya conseguido esa información?

CAPITULO II

Llamó al timbre, y quedó inmóvil ante la puerta, mirando la pequeña mirilla gran angular. Sabía que antes de abrir, alguien apartaría el medallón de latón al otro lado, para examinarlo, de modo que compuso una mueca lo más amable posible.

Y esto, pese a que seguía pensando que la tal señorita Mayer debía ser una cegata de campeonato. A lo mejor, en lugar de ver un rostro agradable y viril veía una alcachofa.

De todos modos, la chica vivía muy bien, en un edificio casi de lujo, de modo que debía ganarse bien la vida. Pero seguro que no sería identificando el sexo de las moscas en pleno vuelo. Diez a uno a que llevaba unas gafas con cristales que debían parecer fondos de botella...

Oyó el leve sonido del pequeño medallón al ser apartado, en efecto. Durante cuatro o cinco segundos, no oyó nada más. Luego, la puerta se abrió, sin más preámbulos.

Increíble. Además de cegata, tonta. Porque lo menos que podía hacer, ya que no se había juzgado necesaria sino más bien contraproducente, por lo espectacular, una custodia policial, era preguntar quién era él y qué quería.

Era un bombón.

Y no llevaba lentes.

O sea, que no debía ser la tal Alice Mayer.

Un bombonazo. Alta, de unos veintitrés años, de largos cabellos oscuros, grandiosos e inteligentísimos ojos color café, boca grande y dulce, facciones bellísimas, cuerpo escultural...

—¿Qué desea?

—Estoy... buscando a la señorita Mayer. Alice Mayer.

—Soy yo. Dígame.

—¿Es usted? —parpadeó Rock.

—Sí.

—¿Podría recibirme unos minutos, señorita Mayer?

—Por supuesto. Pase.

Atónito Rock Forrest entró en el apartamento. Ella cerró la puerta, y señaló hacia el fondo del vestíbulo; recorrieron un corto y amplio pasillo, y entraron en una salita encantadora Cierto: el apartamento era de lujo, elegante, bien decorado. Buen gusto...

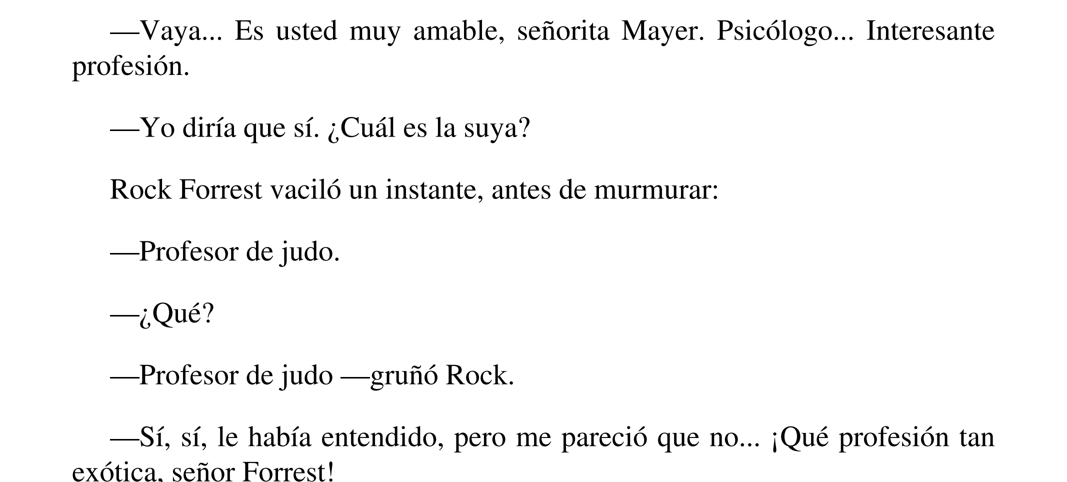
—Usted dirá, señor...

—Forrest. Rock Forrest. He sabido que es usted la testigo que presenció anoche lo ocurrido en cierto callejón de Chinatown.

—Sólo parte de lo ocurrido. ¿Cómo ha podido encontrarme? ¿Es usted de la policía, quizá?

—No. Lo que significa que ha cometido usted una imprudencia al abrir la puerta de buenas a primeras. ¡Y no digamos al permitirme entrar en su apartamento...!

—Señor Forrest, tengo una vista excelente, y trabajo en una clínica privada como psicólogo. Si suma usted ambas cosas, comprenderá que al ver su cara no haya temido nada de usted.



—Vaya... Es usted muy amable, señorita Mayer. Psicólogo... Interesante profesión.

—Yo diría que sí. ¿Cuál es la suya?

Rock Forrest vaciló un instante, antes de murmurar:

—Profesor de judo.

—¿Qué?

—Profesor de judo —gruñó Rock.

—Sí, sí, le había entendido, pero me pareció que no... ¡Qué profesión tan exótica, señor Forrest!

—No veo qué tiene de exótico el judo.

—Quizá tenga razón —rio ella—. Pero no estoy acostumbrada a conocer personas como usted. Desde luego, produce una impresión de... fuerza, de seguridad... muy apacible. Sí: resulta usted un hombre muy interesante, verdaderamente. ¿No quiere sentarse?

Rock movió la cabeza con gesto negativo, y sacó una fotografía de un bolsillo. Estuvo unos segundos mirándola; dubitativo. En la fotografía aparecían exactamente dieciséis hombres. Un sonriente grupo dando frente al fotógrafo. De los dieciséis hombres, tres llevaban la indumentaria de Kendo, ocho vestían judogis, y cinco, karategis. La diferencia entre los judogis y los karategis resultaba obvia para un entendido, tan sólo comprobando que las chaquetillas de cinco hombres eran más cortas que las de los otros ocho. Los de Kendo, con sus hakama, no admitían dudas.

De pronto. Rock miró a Alice Mayer.

—¿Sería tan amable de examinar esta fotografía? Me permito rogarle que lo haga con la máxima atención.

Ella asintió, y tendió la mano. Tomó la fotografía, la miró sin prisas..., y, de pronto, alzó vivamente la mirada. Una mirada en la que, brevemente, Rock Forrest sí pudo ver un destello de alarma.

—¿Qué le ocurre? —preguntó.

—Nada... Nada.

—¿No identifica a nadie en esa fotografía?

—Sí... A usted.

—¿A nadie más?

—No... A nadie más.

Rock Forrest sonrió ceñudamente.

—¿Tiene miedo de mí ahora, señorita Mayer?

—No... No.

—Creo que sí. Al verme acompañado de esas personas ha tenido miedo de mí. ¿Por qué?

—Por nada.

—Bueno, yo no soy psicólogo, pero no hace falta: capto perfectamente su tensión. Pero si teme algo malo de mí, deséchelo, por favor. ¿Qué es lo que la ha aterrado? No creo que haya sido el hecho de identificarme a mí, ¿verdad?

—No.

—¿Entonces?

—He identificado a otra persona.

—¿Qué persona?

—El hombre... el hombre al que describí anoche a la policía, y del cual hicieron un retrato-robot.

—¿Está segura? ¿Ese hombre está ahí, en la fotografía?

—Sí.

—Señálelo, se lo ruego.

Alice Mayer se acercó, todavía tensa, y señaló a uno de los karatekas con la punta de una uña deliciosamente manicurada.

—¡Es éste! ¡Es el misino hombre, estoy segura!

Rock asintió, se guardó las fotografías, y se dejó caer en un sillón. Estuvo unos segundos silencioso. Por fin, se pasó las manos por el rostro, y miró a Alice.

—¿Qué hacía usted anoche por aquellos lugares? —preguntó.

—Fui a cenar a un restaurante chino con unos amigos. Ellos decidieron luego ir a una sala de fiestas allí mismo, en Chinatown, pero yo tenía que

madrugar mucho hoy, de modo que decidí venir a casa. Estaba caminando a la espera de encontrar un taxi.

—Entiendo. Pero eso es bastante arriesgado, ¿no?

—No veo por qué. Yo no iba por callejones, sino por la avenida, señor Forrest. No me parece que mi aspecto pudiese inducir a confusión a ningún hombre.

—No he querido decir eso —respingó Rock—. ¡Caramba, claro que no he querido decir eso!

—Pues si no se trata de que pudieran haberme confundido con una prostituta callejera, no veo el peligro. Ya sé que pasan muchas cosas por el barrio chino, pero siempre se exagera.

—Bueno, al menos no cabe duda de que es usted muy valiente. Y que tiene muy buena vista —refunfuñó—. Tan buena, que supongo que podría describirme a mí a la policía, igual que hizo anoche con... con el otro.

—Ese hombre criminal..., ¿es amigo de usted?

—Sí. Pero no es ningún criminal.

Alice Mayer no contestó. Miraba escrutadoramente a Forrest, eso era todo.

—Supongo —murmuró— que sería una tontería por mi parte pedirle que no le dijese nada sobre mí a la policía, señorita Mayer.

—Me parece que no le entiendo —se sorprendió ella—. ¿Acaso no piensa ir usted mismo a la policía para identificar a ese hombre?

—No. No pienso hacer semejante cosa..., de momento.

—¿Por qué no?

—Porque no me cabe en la cabeza que mi amigo haya hecho eso. No estoy discutiendo lo que usted vio, y lo que parece evidente, pero no puedo creer que mi amigo hiciese eso... sin un motivo.

—¿Un motivo? Dígame uno solo, señor Forrest. El que se le ocurra. Dígame un solo motivo por el que tres hombres maten a golpes a una mujer, aunque esta mujer sea una prostituta y quizá tuviesen alguna cuenta pendiente con ella. Como psicólogo, me gustaría escuchar una versión convincente.

—Peter jamás fue con prostitutas —gruñó Rock.

—Ah. ¿Peter? Bueno, ya tenemos el nombre. ¿Nunca fue con esa clase de

mujeres? De acuerdo, acepto eso. Pero sigo esperando que usted me dé una razón, un motivo para que matasen a esa Katy Vinter.

—No se me ocurre ninguna. Conozco a Peter hace muchos años. Estuvimos juntos en Japón, en... Estuvimos allí, practicamos juntos el judo y el karate, hasta que él optó por el karate y yo por el judo. Nos estuvimos viendo mucho tiempo, y luego también nos hemos estado viendo aquí, en Nueva York, con cierta frecuencia. Los dos hemos practicado otras artes marciales, para completar nuestra formación: un poco de Kendo, Aikido, aprendimos a utilizar el nunchaku, el sai, el tonfa, el manrikisugari, el...

—Para mí todo eso es chino, señor Forrest. O japonés, si lo prefiere: no entiendo nada de nada..., salvo que usted insiste en que su amigo Peter es una buena persona.

—Es un budoka.

—¿Y eso qué significa?

—Que se atiene a las reglas del Budo.

—¿Qué reglas?

—Sería un poco largo de explicar, pero para que lo entienda le diré que ningún budoka que respete el Budo, o Código del Guerrero, haría lo que, al parecer, hizo anoche Peter.

—Señor Forrest, yo tengo entendido que las personas que se dedican a esa clase de cosas resultan más bien... terribles. ¿Pretende hacerme creer que son unos angelitos?

—¿Conoce usted a algún budoka? Quiero decir, a alguien que practique el Karate, el Kendo, el Judo, el Aikido, o algún otra Arte Marcial.

—No... La verdad es que nunca he sentido interés por esas cosas, ni por quienes las practican.

—¡Estamos más o menos igual —sonrió secamente Rock—, porque yo nunca he sentido interés por los psicólogos. Pero no vamos a discutir, ¿verdad? Como psicólogo..., ¿le gustaría conocer de cerca a algunas de esas personas... terribles?

—Sería una interesante experiencia, sin duda.

—Puedo complacerla. Precisamente, tengo que ir al dojo de un amigo. ¿Quiere venir? Mi amigo se llama Hiro Yamagami, es sexto Dan de Karate, y tiene un dojo muy importante, en el que se imparte la enseñanza no sólo del

Karate, sino de otras disciplinas. Y por si se le hace tarde allí, me gustaría invitarla a cenar. A cambio de todo ello, ¿puedo insistir en rogarle que de momento no me mencione a la policía?

Alice Mayer se quedó mirando fijamente a Forrest durante unos segundos. Por fin, asintió:

—Acabamos de hacer un trato, señor Forrest.

* * *

—Sí que es extraño —murmuró Yamagami—. Parece que lo lógico habría sido que te mataran, Rock.

—En efecto —asintió Forrest—. Puede que me equivoque, pero juraría que aquellos dos tipos eran los que anoche acompañaron a Peter en la gran hazaña de Chinatown...

—¡Es imposible que Peter hiciera eso!

Forrest torció el gesto. Estaban en el despacho del dojo de Yamagami, construido en un altillo en el extremo de la gran sala donde, repartidas en diversos tatami, se practicaban varias artes marciales, con predominio absoluto del Karate, cuyos entrenamientos se realizaban diariamente. Las otras artes marciales estaban distribuidas en diferentes horarios tres días a la semana, generalmente a una hora más temprana que el Karate. Por ejemplo, a aquella hora, desde el gran ventanal desde el que se dominaba toda la sala, se podía ver a los practicantes de Kendo, cuyos Kiai llegaban hasta el despacho amortiguados por los cristales.

Rock señaló con el pulgar precisamente hacia los cristales.

—Bueno, ya has visto a la señorita Mayer. Es psicólogo, y sin duda tiene muy buena vista. Por otra parte, tengo mi propio convencimiento de que Peter si intervino en eso.

—¿Tu propio convencimiento? ¿Qué quieres decir?

Rock se quedó mirando a Yamagami, que vestía un chandal rojo, sin inscripción alguna.

—Si esos dos tipos eran los que acompañaban anoche a Peter, ¿por qué no pensar que también le acompañaban esta mañana? —murmuró por fin Rock— Peter debió preferir que no le viesen, y los envió a ellos. Cuando yo llegué, tuvo que verme entrar, y subió por si había complicaciones,

—¿Y él te golpeó? —sonrió incrédulamente Yamagami.

—No es fácil dejarme sin sentido a mí de un golpe —masculló Forrest—. Pero Peter puede hacerlo.

—Entiende, Bien, quizá tengas razón... Me sorprendería, pero lo que dices tiene sentido. Lo que no tiene sentido es que hace días que no venga por aquí... Ya le conoces; se entrena diariamente, jamás pospone por nada su sesión de karate. ¡Naturalmente, es mi mejor alumno. Creo que le conozco bien, así que no comprendo lo que pasa. Quizá conseguirías algo dedicándote a curiosear en la vida de esa prostituta. Si Peter fue uno de los que la mataron, sería por algo.

—Sí, eso es lo que pienso yo —asintió Rock—. Pero si me acerco a donde vivía esa chica, la policía se fijará en mí. Y no me gustaría tener que dar explicaciones. Por el momento, parece que ni siquiera los vecinos de apartamento de Peter lo han identificado, así que nadie sabe que uno de los asesinos era un budoka... ¡Maldita sea, no quisiera ser yo quien revelase esto a la policía...! Antes, quisiera encontrar una explicación.

—Si puedo ayudarte en algo, avísame. No se me ocurre cómo, pues ya te digo que hace días que Peter no viene por aquí, ni sé nada de él, pero si algo puedo hacer, llámame, ¿Qué estás pensando?

Rock Forrest vaciló visiblemente.

—¿Crees que estaría mal que echásemos un vistazo a su taquilla? —murmuró.

—Sí que estaría mal —asintió Yamagami, sonriendo—, pero dadas las circunstancias... Se puso en pie, abrió un fichero, y de él sacó un manojo de llaves. Separó una, le hizo una seña a Forrest, y los dos abandonaron el despacho, descendiendo por la escalera volante hacia la sala. Alice Mayer, sentada en un banco, contemplaba con los ojos muy abiertos las evoluciones de los kendokas en pleno entrenamiento. En el aire resonaban los Kiai que proferían los kendokas, así como los avisos de sus golpes con los shinai (1).

(1) El shinai es un sable hecho con cañas de bambú que se utiliza en los entrenamientos de kendo, en lugar de la katana de acero.

Alice Mayer vio a Forrest, y se quedó mirándolo como fascinada. Rock le hizo un gesto para que esperase. Cuando enfilaron el pasillo que llevaba a los vestuarios, los dos budokas sonreían con cierta amable ironía. Tras ellos, seguían sonando los chasquidos, los gritos:

—¡DOGOOO...!

—¡MEEEEEMMMMM...!

—Me parece que tu amiguita está un poco asustada —dijo Yamagami.

—Seguro que sí. Tenía una opinión curiosa sobre los budokas. Y me parece que la espectacularidad del Kendo no la está tranquilizando, precisamente.

—Bueno, siempre hay gente que se impresiona.

Llegaron a los vestuarios, y Yamagami abrió la taquilla de Peter Brodine. Vieron el karategi, pulcramente colgado, las negras zapatillas zooris, la toalla, el chandal rojo... En el estante de arriba habían dos toallas más, secas, limpias, bien dobladas, y otro karategi, asimismo limpio y bien doblado. Jabón líquido, corta- uñas... Un libro.

Forrest tomó el libro, y sonrió. Era un viejo manual de Karate que Brodine había adquirido en Japón, lo recordaba. Alzó la tapa, y en seguida vio, en la primera página, la estrella negra de la Kuro Arashi. Una estrella de seis puntas, en cuyo centro, como si la estrella fuese un rostro, había dos orificios en blanco que figuraban unos ojos de extremos alzados en terrible gesto de furia; la boca era una raya curva, con los extremos hacia abajo, en claro gesto hosco, hostil, incluso amargo... El distintivo de Negra Tempestad, o Kuro Arashi en japonés. La organización siempre en lucha contra todos aquellos que atentasen contra los derechos humanos, y cuyo cerebro director, Takeo Inomura, el viejo Sensei de Artes Marciales, residía en su chalé de retiro cerca de Tokio, con vistas al Fujiyama.

Al ver el distintivo de Negra Tempestad, Forrest había perdido la sonrisa. Se quedó mirando, atónito, a Yamagami, que sonrió.

—¿No lo sabías? —preguntó.

—No... ¿Nuestro Sensei le dedicó este libro a Peter?

—¡Sí. Hará poco más de un año. Peter hizo algo para la Kuro Arashi, y como premio, le pidió a nuestro Maestro que le firmase su primer manual de karate.

—Lo que quiere decir —musitó Rock— que hace algo más de un año, y sirviendo los propósitos de la Kuro Arashi y bajo las órdenes de Sensei, Peter se jugó desinteresadamente la vida en beneficio de otras personas; personas que estaban en graves apuros. ¿No es así?

—Efectivamente.

—Bien, yo ya sabía que Peter era de fiar, y esto lo confirma. ¡Por todos los demonios...!

¿Cómo vamos a creer que un budoka que fue seleccionado en determinado momento para la Kuro Arashi se ha dedicado a matar, a golpes, a una puta? ¡Y a mansalva, acompañado de otros dos hombres...!

Yamagami encogió los hombros. Rock Forrest continuó mirando en el armarito de Peter Brodine, pero no encontró nada más.

—Tenemos que resolver esto antes de que llegue a oídos de Sensei —masculló Forrest—. ¡Y no me preguntes cómo voy a resolverlo!

—Pues no te lo pregunto —sonrió Yamagami,

Cerró la taquilla, y abandonaron ambos el vestuario. Recorrieron el pasillo, llegaron a la sala, y ambos fueron a sentarse junto a Alice Mayer, uno a cada lado.

—¿Le gusta el kendo, señorita Mayer —preguntó Yamagami.

—Es... es horrible... ¡Y terrible! —exclamó Alice—. ¡No comprendo cómo un hombre puede ser tan feroz con sus semejantes!

—¿Feroz?

—¡Parece que quieran matarse unos a otros!

—Es sólo un... una disciplina física, señorita Mayer. Y sobre todo, mental. ¿Sabía usted que, salvo desdichadas excepciones, los budokas son las personas que respetan más a su prójimo?

—¡No es posible!

Yamagami y Forrest cambiaron una resignada mirada por delante de Alice Mayer. Forrest iba a decir algo, pero en aquel momento se acercó uno de los kendokas, saludó antes de abandonar el tatami, y se plantó ante ellos, quitándose el casco protector bajo el cual se vio el pañuelo que envolvía la cabeza sujetando los cabellos, el hachimaki.

—Estoy demasiado acalorada —dijo el kendoka—. ¿Tengo su permiso para ir a refrescarme un momento?

—Por supuesto, señorita Sheldon —asintió sonriente Yamagami—. Si ha obtenido ya el de su maestro de kendo, no precisa el mío.

El kendoka se quitó el pañuelo de la cabeza, dejando escapar una cascada de rubios cabellos.

—¡Ya no podía más! —exclamó alegremente; miró a la atónita Alice Mayer—. ¿Qué tal? ¿Lo estás pasando bien?

—Pu-pu-pues... —empezó a tartamudear Alice.

—Me parece que no le gustan demasiado estas cosas —dijo Rock Forrest—; son ejercicios terribles y violentos.

—¿De veras no te gustan? —se sorprendió la kendoka.

—Bueno, yo...

—Es psicólogo —remachó Forrest.

—¡Psicólogo! ¡Estupendo! —exclamó la señorita Sheldon—. ¡Lo que nos faltaba! Tenemos un arquitecto, un electricista, un pintor, un empleado de Banco, dos agentes de seguros, una actriz, que soy yo... ¡Nos gustaría tener una psicólogo!

—Bueno, yo...

—¿Me perdonas, querida? —suplicó la kendoka—. Voy a refrescarme un poco y vuelvo volando. Y si te esperas a que termine mi clase, nos vamos juntas a cualquier parte.

—¿Va a volver... ahí? —exclamó Alice, señalando el tatami. La kendoka la miró, estupefacta.

—Naturalmente. ¡Por nada del mundo me pierdo yo mi Clase de kendo! ¿Qué? ¿Me esperas? Yo te explico lo que es el kendo, y tú me dices si te parece que estoy demasiado chiflada.

—Yo no... O sea...

—Otro día será —dijo muy serio Forrest, consiguiendo contener la risa, como Yamagami—; esta noche la señorita Mayer va a cenar conmigo.

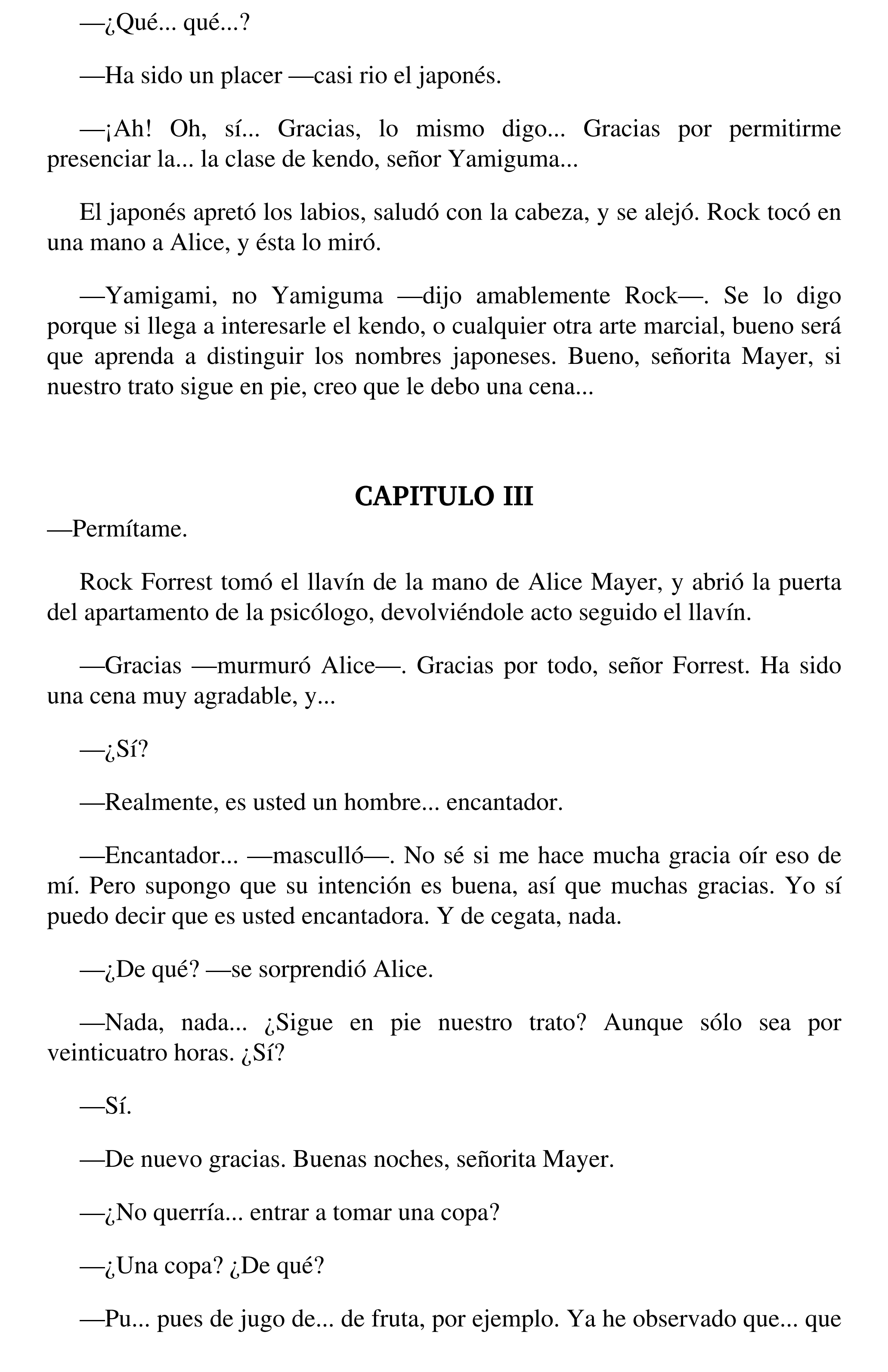
—¡Pues se lleva un tipazo —rio la kendoka—. ¡Hasta luego!

—Ha... hasta luego...

—Yo también me voy —dijo Yamagami, poniéndose en pie—. Mi clase de karate comenzará dentro de media hora, y tengo que prepararme. Tenme al corriente, Rock.

—Seguro.

—Señorita Mayer...



—¿Qué... qué...?

—Ha sido un placer —casi rio el japonés.

—¡Ah! Oh, sí... Gracias, lo mismo digo... Gracias por permitirme presenciar la... la clase de kendo, señor Yamiguma...

El japonés apretó los labios, saludó con la cabeza, y se alejó. Rock tocó en una mano a Alice, y ésta lo miró.

—Yamigami, no Yamiguma —dijo amablemente Rock—. Se lo digo porque si llega a interesarle el kendo, o cualquier otra arte marcial, bueno será que aprenda a distinguir los nombres japoneses. Bueno, señorita Mayer, si nuestro trato sigue en pie, creo que le debo una cena...

CAPITULO III

—Permítame.

Rock Forrest tomó el llavín de la mano de Alice Mayer, y abrió la puerta del apartamento de la psicólogo, devolviéndole acto seguido el llavín.

—Gracias —murmuró Alice—. Gracias por todo, señor Forrest. Ha sido una cena muy agradable, y...

—¿Sí?

—Realmente, es usted un hombre... encantador.

—Encantador... —masculló—. No sé si me hace mucha gracia oír eso de mí. Pero supongo que su intención es buena, así que muchas gracias. Yo sí puedo decir que es usted encantadora. Y de cegata, nada.

—¿De qué? —se sorprendió Alice.

—Nada, nada... ¿Sigue en pie nuestro trato? Aunque sólo sea por veinticuatro horas. ¿Sí?

—Sí.

—De nuevo gracias. Buenas noches, señorita Mayer.

—¿No querría... entrar a tomar una copa?

—¿Una copa? ¿De qué?

—Pu... pues de jugo de... de fruta, por ejemplo. Ya he observado que... que

no bebe usted alcohol...

—Sin embargo, creo que me gustaría tomarme, ahora, un whisky.

—¡Oh, tengo whisky, desde luego!

—Magnífico. ¿También tiene hielo?

—¡Claro que sí!

—Increíble.

Rock Forrest empujó la puerta. Alice entró, encendió la luz, y se volvió a mirar a Rock, que entró tras ella, y cerró la puerta.

—Siéntese, señor Forrest, por favor.

Rock se sentó, en silencio. Alice dejó su bolsito, y procedió a preparar whisky con hielo. Le tendió el vaso, y ambos bebieron un sorbo. Rock chascó la lengua con evidente placer.

—El mejor whisky —aseguró— es el que se bebe de tarde en tarde. Y el mejor tabaco, el que no se fuma. Estoy pensando que quizá tenga usted que madrugar, señorita Mayer... ¿O debo llamarla doctora, ahora que pienso?

—No, no... Ni una cosa ni otra. No pasa nada porque un día llegue tarde... o no llegue. Y prefiero que me llamen Alice, no doctora.

—¿Alice?

—Ese es mi nombre, a fin de cuentas.

—Cierto —parpadeó Forrest.

Dejó su vaso de whisky sobre la mesita, le quitó a Alice el suyo de entre los dedos, dejándolo junto al de él, y, continuando sus movimientos con toda naturalidad, pasó la mano derecha hacia la nuca de la psicólogo, la atrajo, y la besó en los labios.

Alice Mayer permaneció inmóvil recibiendo el beso.

Rock la apartó, suavemente.

—Tienes los labios tiernos y frescos —murmuró—, pero no has reaccionado. ¿He hecho mal; me he... precipitado?

Ella movió negativamente la cabeza. Forrest volvió a acercarla, y de nuevo la besó. Esta vez sí reaccionó Alice Mayer. Sus brazos rodearon la cintura de Rock, acercándose más a él, y su boca pareció derretirse entre los labios del

budoka mientras lanzaba un fuerte suspiro que penetró en Rock Forrest.

Rock apartó su boca, y musitó, rozando sus labios los de Alice:

—¿Voy demasiado de prisa?

—Yo diría... que todo lo contrario.

De nuevo se besaron. Los dedos de Rock encontraron la cremallera, se oyó un suave siseo... Alice dejó de abrazarlo, y sus brazos colgaron junto al cuerpo, de modo que el vestido pudo ser deslizado hacia abajo. El siguiente beso fue ya puro fuego, mientras Alice vibraba bajo las caricias de la mano de Rock Forrest sobre su tersa piel...

—Esto... es una... locura —jadeó Alice.

—¿No quieres?

Los brazos femeninos se apretaron en torno al cuello del judoka, y la boca acudió al encuentro de la de Forrest. Otro beso, cada vez más ardiente, largo, suspirante... Rock Forrest se puso en pie, con Alice Mayer en los brazos, colgada de su cuello y sin dejar de besarla, hasta que ella susurró:

—Pasillo... Primera puerta a la... derecha...

* * *

Abrió los ojos, de pronto.

No habían encendido la luz del dormitorio, de modo que por toda iluminación persistía el resplandor azulado de un anuncio luminoso que parecía teñir la ventana del dormitorio.

Rock volvió la cabeza, y vio a Alice dormida junto a él. El resplandor del luminoso parecía algo irreal sobre sus carnes, dotándolas de aquel tono azul vivo, extraordinario. Se quedó contemplándola, como maravillado, sorprendido, desconcertado incluso, Alice estaba de costado, de cara a él, y tenía una mano sobre su velludo tórax, abierta; parecía una hermosa flor. Rock giró un poco, y pudo contemplarla más a sus anchas.

Forrest tomó entre dos dedos el labio inferior de Alice, y presionó suavemente: ¡Qué tierno y delicado...!

Alice se movió.

—Mmmm... —gimió dulcemente.

De pronto, abrió los ojos. Vio la silueta de Rock, sonrió, y se acercó más a

él. Bajo la azulada luz del luminoso las bocas se encontraron. Ella, buscó una mano de él, y la atrajo hacia su pecho, pidiendo la caricia. Rock cerró los ojos, sumergiéndose de nuevo en aquella relajante sensación de bienestar, de algo nuevo y hermoso...

De pronto, volvió a abrir los ojos, sobresaltado.

¿Por qué se había despertado antes, hacía unos segundos?

Separó su boca de la de Alice.

—Mmmm... —pidió ella, mimosa, persiguiendo su boca.

Rock Forrest jamás sabría por qué hizo aquello: separó a Alice tan bruscamente de sí, que la muchacha rodó por la cama y cayó al otro lado, lanzando una exclamación, Al mismo tiempo, en el resplandor azul del luminoso algo centelleaba, pasaba rozando el pecho de Forrest, y se clavaba en la cama, al tiempo que se oía un gruñido.

El judoka cerró el puño derecho, y lo disparó hacia donde había sonado el gruñido. El tremendo tsuki encontró un objetivo: todo el brazo de Forrest vibró al ser frenado el puño por algo que crujió, al tiempo que se oía un ahogado bramido de dolor, y algo salía despedido lejos de la cama.

—¡Rock! —chilló Alice—. ¿Qué pasa...?

—¡La luz! —gritó Forrest, poniéndose en pie en la cama, de un salto.

Se oyó un silbido, y Rock lanzó un alarido cuando aquella serpiente de fuego rodeó su pantorrilla derecha, hundiéndose en la carne, segando la piel como si fuese simple papel mojado.

La luz se encendió en la mesita de noche de Alice Mayer, que lanzó un grito de espanto.

De píe en la cama, Rock Forrest todavía gritaba de dolor, con la cadena enrollada en su pierna. Una cadena de la que, en aquel momento, tiraba el japonés que la sostenía por el otro extremo. El tirón fue fortísimo, y derribó a Rock de espaldas en la cama, arrancando tiras de piel de su pierna..., mientras, precisamente por caer, se libraba del golpe de nunchaku que lanzaba el tercer hombre. El nunchaku rebotó en la blanda cama, y fue recogido rápidamente bajo el sobaco por el hombre blanco que lo manejaba, mientras el japonés volvía a voltear la cadena por encima de su cabeza.

El nunchaku y el manrikigusari fueron al mismo tiempo hacia el cuerpo de Rock Forrest, silbando fuertemente, hendiendo el aire a terrible velocidad..., pero inferior a la que imprimió Rock a su reacción, saltando hacia el mismo

lado de la cama por el que había caído Alice, y que estaba gritando, aterrada a no poder más.

Rock cayó junto a ella, se puso en pie, y lanzó un grito cuando se apoyó sobre ambas piernas. Tras los fallidos golpes, los dos hombres rodeaban a toda prisa la cama, blandiendo sus armas del Budo.

Forrest se inclinó, asió la ropa de la cama que había estado recogida hacia los pies de ésta, y la arrancó de un tirón, haciendo voltear por encima de su cabeza sábana y manta. Lanzó ambas hacia el hombre del nunchaku, que quedó envuelto lanzando rugidos de rabia, y al mismo tiempo saltó hacia el del manrikigusari, inclinándose de tal modo, que la cadena pasó por encima de él, pero tan cerca que rozó su espalda, como en un rasponazo de fuego.

Pero, acto seguido, y mientras el hombre que había lanzado el golpe con la cadena perdía un poco el equilibrio hacia delante, Rock Forrest se erguía ante él.

El hombre gritó cuando vio aquellas manos tendidas acudiendo a su encuentro. Intentó recuperar la cadena hacia atrás para golpear de nuevo, pero ya era tarde. Las manos del judoka se cerraron sobre la ropa del pecho del hombre, atrajeron a éste con la potencia de una grúa, y lo colocaron sobre la cadera derecha de Rock, que se había colocado de costado. La cabeza del judoka bajó hacia el suelo, las manos continuaron tirando, la pierna derecha subió con terrible fuerza por entre las dos del hombre que gritaba...

El uchi mata de judo hizo pasar al sujeto por encima de Rock Forrest, elevándolo casi dos metros y enviándolo, en sensacional e increíble vuelo, contra la pared de frente a la cama, describiendo una vuelta y media, de tal modo, que el desdichado se estrelló de cabeza y cayó como un saco al suelo, mientras resonaba todavía el Kiai brotado de lo más profundo del cuerpo de Forrest, directamente del vientre, del saika tanden:

—¡KIIIIIIOOOOOOOO...!

La pared retemblaba al mismo tiempo que el Kiai, y al mismo tiempo que el hombre del nunchaku, tras desprenderse de la manta y la sábana, lanzaba otro golpe. La punta del nunchaku pasó rozando la punta de la nariz de Forrest cuando éste saltó hacia atrás, cayendo sentado, con la impresión de que acababan de aplicarle la brasa de un cigarrillo en la nariz.

De nuevo fue hábilmente recogido el nunchaku en la axila del peligroso adversario, y de nuevo comenzó en seguida a silbar por encima de su cabeza..., mientras el que había sido víctima del uchi mata comenzaba a ponerse en pie, tambaleándose, llevándose las manos a la cabeza...

—¡Corre! —jadeó Rock—. ¡Márchate de aquí, Alice!

¡FFssss!, silbó el nunchaku, en busca de su cabeza. Pero Rock Forrest ya estaba rodando por el suelo, y el golpe fue a dar en éste, con seco sonido. En su giro, Forrest llegó adonde había caído el manrikigusari, su mano derecha asió la cadena por el centro, se puso en pie, y comenzó a voltearla, mirando fijamente al del nunchaku, que se había detenido en su avance, con la alarma en los ojos.

—Kaneda, ¡la mujer! —barbotó el del nunchaku—. ¡Mátala a ella!

El japonés que había perdido el manrikigusari corrió hacia donde estaba el cuchillo del otro japonés, que continuaba en el suelo, con la nariz prácticamente hundida en la cara, que parecía una máscara de sangre.

En el momento en que se inclinaba a recoger el cuchillo, silbaban en el aire la cadena y el nunchaku, enredándose una y otro tras el fortísimo encuentro. Forrest tiró de la cadena, y el hombre blanco que manejaba el nunchaku lanzó un grito cuando se sintió atraído... Soltó el nunchaku para no caer en manos de Forrest, pero la fuerza de tracción ya estaba en marcha, así que continuó tropezando hacia el judoka, que de nuevo tenía tendidas las manos...

—¡Kaneda...! —gritó el hombre blanco.

Pero Kaneda no llegó a tiempo. Las manos del judoka atrajeron a su presa, la montaron sobre la cadera izquierda tirando de sus ropas, y el torso de Forrest se inclinó, proyectando con espeluznante tsuri komi goshi al sujeto, que giró en el aire, cayó de espaldas, y quedó allí como paralizado, desencajado el rostro, abierta la boca en busca de aire...

Kaneda había saltado encima de la cama, y comprendiendo que nada podía hacer en ayuda de su compañero, corría hacia Alice, que a su vez corrió hacia el fondo de la habitación, gritando. Kaneda saltó de la cama, fue tras ella, la alcanzó, alzó el cuchillo...

¡FFssss...!, silbó el nunchaku, manejado, ahora, por Rock Forrest.

Pareció que la cabeza de Kaneda estallase. Crujió horriblemente, retembló, explotó en un surtidor de sangre.

El silbido de la cadena hizo volverse a Forrest a tiempo para detener, con el nunchaku el golpe que acababa de lanzar el hombre blanco, cuya palidez era cadavérica. Lanzó un grito cuando Forrest, soltando el nunchaku se abalanzó hacia él, le puso la mano en la cara, y lo empujó hacia atrás, mientras su pierna derecha, que había rebasado la posición del hombre, volvía hacia atrás, alzándose, y proyectando así al hombre contra el suelo, de cabeza, en destructor o soto gari. La cabeza del hombre crujió, y el hombre ya no se

movió.

Forrest se irguió, vio a Alice tendida en el suelo, y corrió hacia ella, jadeando. La incorporó en sus brazos, y le alzó un párpado: la pupila de Alice se empequeñeció rápidamente,

—Alice... ¡Alice!

Golpeó suavemente el rostro de la muchacha, hasta que ésta abrió los ojos. Los abrió desmesuradamente, abrió la boca para gritar... Forrest le puso la mano en los labios, impidiéndoselo.

—Tranquilízate... Tenemos que vestirnos los dos. Los vecinos han llamado a la policía, y está al llegar.

* * *

—¿Eso es todo? —gruñó el teniente Alsop. Rock asintió con la cabeza, musitando:

—Sí, eso es todo.

Alsop asintió, y se acercó a Alice, que estaba sentada en un extremo del sofá, como encogida.

—¿Se encuentra bien, señorita Mayer?

—Sí... Sí, estoy bien... Estoy mejor, ya ha pasado el susto.

—Lo celebro mucho. Bueno, como ve, me he apresurado a venir en cuanto usted se lo ha pedido a mi compañero de esta zona, asegurándole que lo ocurrido aquí está relacionado con el asesinato de la chica de anoche..., lo que no me sorprende demasiado. Ya le dije anoche que debía usted aceptar una protección.

—No creí... que fuese necesaria.

—Pues ya lo ha visto. Por la explicación del señor Forrest es fácil deducir que venían a por usted. No sólo por lo que dijeron, sino porque al venir a este apartamento debemos suponer que, lógicamente, venían a por usted... A menos que con anterioridad el señor Forrest hubiese estado otras veces aquí y alguien que lo sabía decidió matarlo precisamente aquí.

—No. Es la primera vez que... que el señor Forrest estaba en este apartamento. Bueno, estuvo también esta tarde, pero... nunca por la noche. Ya le... le he dicho que conocí a Rock... al señor Forrest esta tarde.

—Pero él estaba pasando aquí la noche, ¿no?

—Sí —enrojeció Alice—. Sí.

Alsop se rascó la nuca, mirando de Alice a Rock y viceversa.

—Bueno —sonrió de pronto—. Son cosas que pasan. Y a mí, personalmente, hasta me parece bonito. Y por último, si ustedes han... simpatizado, no tiene nada que ver con esto. Es evidente que los hombres que vinieron a matarla se enteraron de que usted era la testigo, y decidieron eliminarla; todo parece indicar que pertenecen al mismo grupo que los que anoche mataron a Katy Vinter. Pero no son los mismos.

—No —negó Alice.

—Sorprendente. Por fortuna para usted, estaba aquí el... sorprendente, señor Forrest. Del que, ciertamente, no podemos sospechar que la delatase a usted, ya que él ha estado a punto de morir también... Y en todo caso, si le hubiese deseado algún mal, está claro que el señor Forrest no necesita ayuda de nadie para hacérselo. Pero la pregunta es: ¿cómo se enteraron esos tres hombres, o quien los haya enviado, de que la testigo era usted, señorita Mayer?

—Yo no lo sé... Ellos se lo dirán, supongo.

—Pues supone usted mal. Le diré cómo ha dejado el señor Forrest a esos tres desdichados. Uno de ellos, uno de los japoneses, ha muerto con la cabeza hecha papilla; el otro japonés tiene la nariz y la boca convertidas en harina, y sufre una conmoción cerebral que no sabemos cuánto puede durar; el hombre de raza blanca tiene rota la cabeza, está en coma, y posiblemente no saldrá de ésta. Lo que significa que, de momento, parece que uno solo se salvará..., y ciertamente, no está en condiciones de ser interrogado.

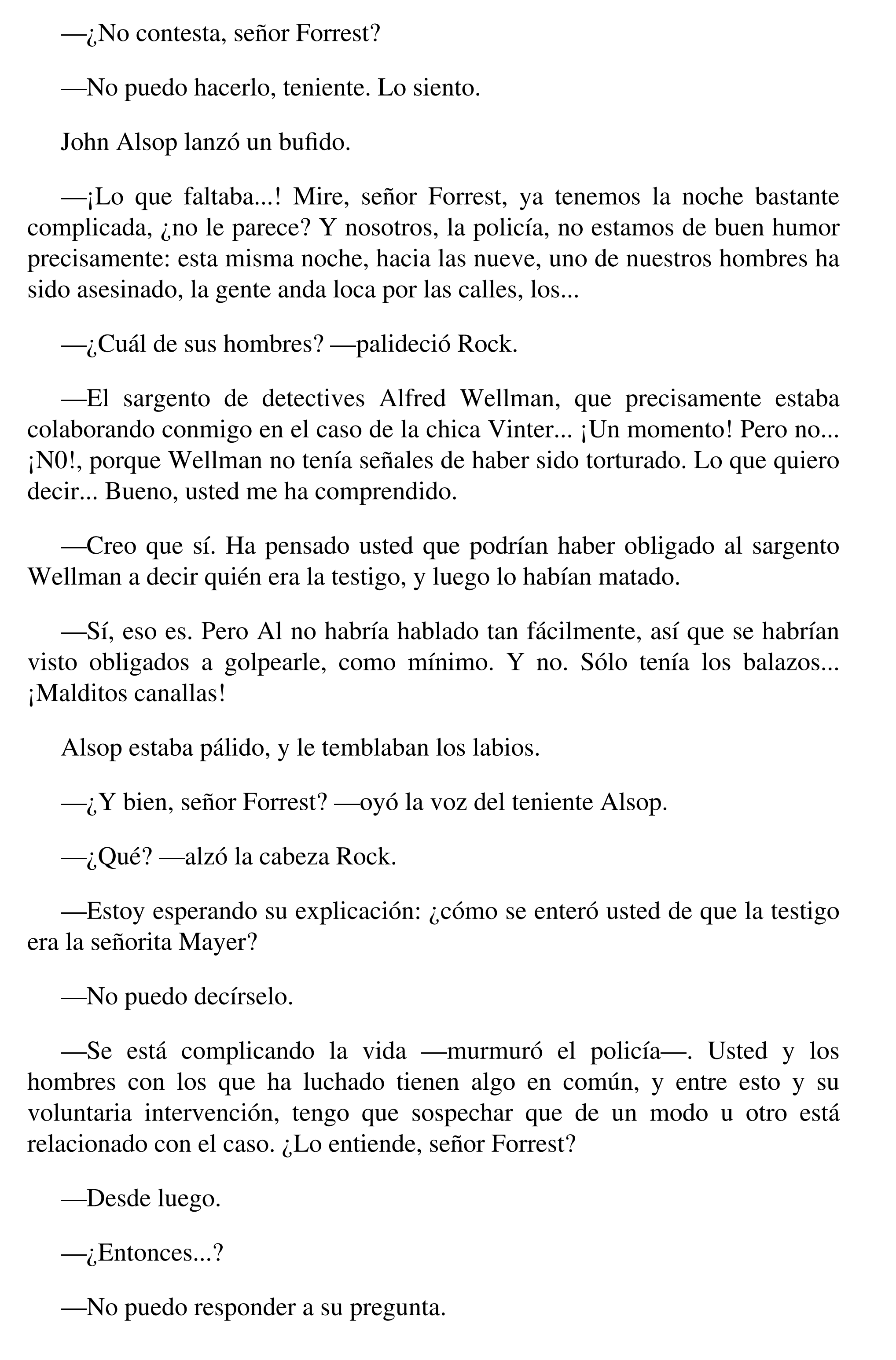
—Lo siento —murmuró Forrest—, pero yo tenía que defend...

—Vamos, señor Forrest —gruñó Alsop—, nadie le está acusando por defender la vida de la señorita Mayer y la suya propia. Eso se arreglará a su debido tiempo, no se preocupe. Lo que yo quisiera es saber cómo se enteraron esos tres hombres llamados Kaneda, Ono y Owell de que la testigo era la señorita Mayer.

—No lo sé.

—Pero sí sabrá cómo se enteró usted, señor Forrest.

Rock esperaba la pregunta, ciertamente, pues un teniente de policía no podía ser tan tonto como para no formularla. Y tenía ya preparada la respuesta: apretó los labios y permaneció en silencio.



Alsop lo miró sorprendido.

—¿No contesta, señor Forrest?

—No puedo hacerlo, teniente. Lo siento.

John Alsop lanzó un bufido.

—¡Lo que faltaba...! Mire, señor Forrest, ya tenemos la noche bastante complicada, ¿no le parece? Y nosotros, la policía, no estamos de buen humor precisamente: esta misma noche, hacia las nueve, uno de nuestros hombres ha sido asesinado, la gente anda loca por las calles, los...

—¿Cuál de sus hombres? —palideció Rock.

—El sargento de detectives Alfred Wellman, que precisamente estaba colaborando conmigo en el caso de la chica Vinter... ¡Un momento! Pero no... ¡N0!, porque Wellman no tenía señales de haber sido torturado. Lo que quiero decir... Bueno, usted me ha comprendido.

—Creo que sí. Ha pensado usted que podrían haber obligado al sargento Wellman a decir quién era la testigo, y luego lo habían matado.

—Sí, eso es. Pero Al no habría hablado tan fácilmente, así que se habrían visto obligados a golpearle, como mínimo. Y no. Sólo tenía los balazos... ¡Malditos canallas!

Alsop estaba pálido, y le temblaban los labios.

—¿Y bien, señor Forrest? —oyó la voz del teniente Alsop.

—¿Qué? —alzó la cabeza Rock.

—Estoy esperando su explicación: ¿cómo se enteró usted de que la testigo era la señorita Mayer?

—No puedo decírselo.

—Se está complicando la vida —murmuró el policía—. Usted y los hombres con los que ha luchado tienen algo en común, y entre esto y su voluntaria intervención, tengo que sospechar que de un modo u otro está relacionado con el caso. ¿Lo entiende, señor Forrest?

—Desde luego.

—¿Entonces...?

—No puedo responder a su pregunta.

—Me está obligando a encarcelarlo, señor Forrest.

—Me hago cargo.

—Rock, por favor... —suplicó Alice—, ¡Diles la verdad!

—No puedo, Alice.

—Si... si no lo haces tú, lo haré yo. ¡No quiero que te encarcelen! ¡Lo que tú estás haciendo no merece eso!

—¿Qué es lo que está haciendo? —preguntó Alsop.

—Está... está protegiendo a un compañero suyo, que es el hombre que yo identifiqué. ¡Tiene fotografías de él, y su nombre es Peter Brodine!

Rock Forrest palideció. Desvió la mirada de Alice Mayer, y la fijó en el suelo. Alsop hizo una seña, y dos de sus hombres se acercaron a Rock, le tomaron de los brazos, y le pusieron en pie. El registro fue rápido y eficaz. En pocos segundos, el teniente Alsop tenía en sus manos las fotografías de Rock Forrest con su compañero budoka, Peter Brodine.

—Entiendo —murmuró el teniente—. Supongo que esto, para ustedes, es algo así como para otras personas la amistad que se forma en el ejército entre dos o más hombres. Poco menos que indestructible. ¿Es así, señor Forrest?

—Sí.

—De acuerdo. Ya sabemos ahora a quién tenemos que buscar.

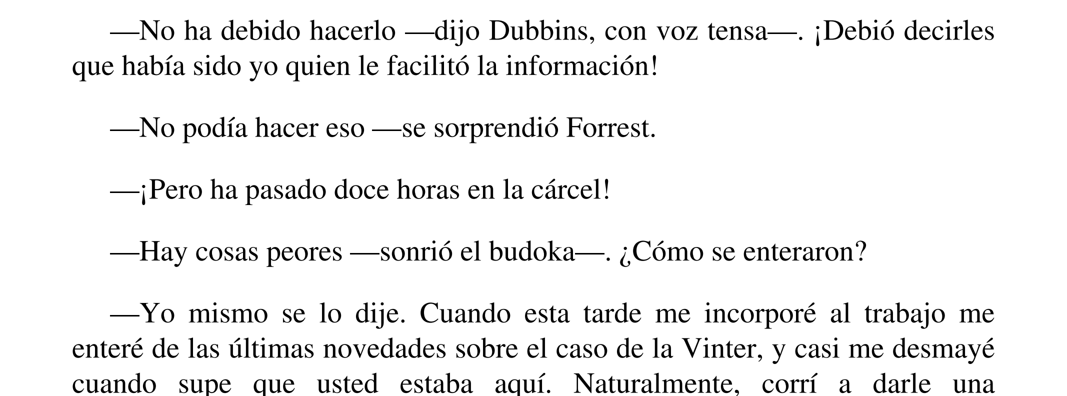
CAPITULO IV

Poco después de las cinco de la tarde siguiente, Rock Forrest alzó la cabeza al oír el sonido de la llave en la cerradura de la celda que ocupaba en el Departamento de Policía. Sentado en el camastro se quedó mirando fijamente al hombre que acompañaba al policía de servicio en las celdas.

—Puede salir, señor Forrest —dijo el carcelero.

Rock se puso en pie, y salió de la celda. Afuera le esperaba Mike Dubbins, sargento de detectives... y alumno de judo de Forrest.

—¿Cómo se han enterado, Mike? —murmuró Rock.



—No ha debido hacerlo —dijo Dubbins, con voz tensa—. ¡Debió decirles que había sido yo quien le facilitó la información!

—No podía hacer eso —se sorprendió Forrest.

—¡Pero ha pasado doce horas en la cárcel!

—Hay cosas peores —sonrió el budoka—. ¿Cómo se enteraron?

—Yo mismo se lo dije. Cuando esta tarde me incorporé al trabajo me enteré de las últimas novedades sobre el caso de la Vinter, y casi me desmayé cuando supe que usted estaba aquí. Naturalmente, corrí a darle una explicación al teniente Alsop.

—Siento haberte metido en esto, Mike.

—Bueno, desde luego me va a caer una buena amonestación, y hasta es posible que algún castigo... disciplinario, pero mi vida no va a hundirse por ello. Además, Alsop me ha dicho que gracias a mí usted intervino, y que eso les ha servido para encarrilar bien la pista. Están buscando como locos a Peter Brodine, naturalmente. Y en cuanto a la señorita Mayer, ya no está en su apartamento, sino en un hotel, con otro nombre.

—No me interesa en absoluto esa señorita, Mike.

—Pero escuche, Maestro, la chica...

—No soy Maestro —gruñó Rock—. ¿Puedo marcharme?

—Sí, claro... En cuanto recoja sus cosas.

—Gracias.

Apenas diez minutos más tarde, Rock Forrest abandonaba el Departamento de Policía. Tomó un taxi, fue a su apartamento, y procedió a ducharse, afeitarse, cambiarse de ropa... Y volvió a la calle en busca de un taxi.

Pidió al taxista que se detuviera antes de llegar a la dirección donde, según los periódicos, tenía... había tenido Katy Vinter su apartamento. Pagó, se apeó, y se volvió a mirar los coches que llegaban en oleadas. Nueva York, el paraíso de asfalto... ¡Bah!

Pero, en efecto, un coche se había detenido unos veinte metros más atrás, y dos hombres se estaban apeando rápidamente. Fantástico: lo habían convertido en un personaje importante. O, al menos, interesante.

Comenzó a caminar, sin prisas, hasta llegar a la siguiente esquina. A partir de ese momento, Rock Forrest actuó con tal rapidez que cuando los hombres

que le seguían doblaron la esquina, él ya no estaba a la vista. Los dos policías soltaron un respingo, y echaron a correr hacia la siguiente esquina, la doblaron a toda prisa... Rock Forrest salió de un portal cercano a la primera esquina que había doblado, regresó a la calle en la que se había apeado del taxi, y se alejó tranquilamente.

Minutos más tarde, sin nadie tras los talones, se detenía frente al edificio donde había vivido Katy Vinter. Se sintió deprimido, pensando si valía la pena ser prostituta para vivir en un sitio así. La casa era vieja, de sólo cuatro pisos, y estaba claro que no albergaba precisamente millonarios.

Entró en el portal, y se dirigió a la hilera de buzones para la correspondencia. Estaba examinándolos cuando oyó la voz femenina tras él.

—¿A quién busca?

Se volvió. A la izquierda de la entrada se había abierto una puerta, y en el umbral estaba la mujer.

—A usted —sonrió Rock.

Un destello pasó por los claros ojos de la mujer. En seguida, sonrió.

—Pues ya me ha encontrado. ¿Y ahora?

—¿Está usted encargada de la portería?

—Así es.

—En ese caso, debe... debía conocer bien a la señorita Vinter. Ya sabe.

—Sí, ya sé —la mujer torció el gesto—. ¿Es usted otro policía?

—¿Otro? —se acercó Rock.

—Han estado aquí esta mañana, enseñándome fotografías, haciéndome preguntas. Parece que ya saben a quién buscar. Pero no... Usted no es policía. ¿Periodista?

—Digamos —sonrió de nuevo Rock—, que me gustaría saber las suficientes cosas de la señorita Vinter como para escribir un buen reportaje. Y si yo escribiese un buen reportaje premiaría con flores o algo así a quien me hubiese ayudado.

—Usted es simpático —sonrió la mujer—. Entre.

—Gracias.

Entraron los dos, la mujer cerró la puerta, miró de arriba abajo a Rock, y lanzó un silbidito, sin quitarse el cigarrillo de los labios.

—¡Y además, todo un tipazo! —exclamó.

—Gracias otra vez —Rock sacó tres fotografías retiradas de su álbum de recuerdos, y se las tendió—. ¿Está en estas fotografías algún hombre de los que vio usted en las que le mostraron los policías?

La rubia teñida tomó las fotos, las miró, y parpadeó. Miró de pronto vivamente a Rock.

—¡Ya decía yo que su cara me recordaba a alguien...! ¡Usted estaba en las fotografías que me enseñó la policía!

—Recuerdos de viejos tiempos —tuvo que sonreír otra vez Rock—. ¿Qué contesta a mi pregunta?

—Que sí. El hombre que ellos me señalaron especialmente es éste. —Rock se inclinó para ver que, en efecto, la rubia señalaba a su compañero Peter Brodine—. Y al parecer, usted y él son buenos amigos.

—Viejos tiempos, ya le digo. ¿Alguna vez vio por aquí a este hombre?

—No.

—Quiero decir, visitando a la señorita Vinter, ya sabe...

—Aquí no vienen tíos, amigo. De eso, nada. Hubo alguna que lo intentó, pero le paré los pies: esto no es un burdel, ¿comprende?

—Perfectamente —asintió Rock, guardándose las fotografías—. Pero no hace falta que una casa sea un burdel para que la gente reciba a sus amistades.

—Tiene usted un pico de oro —rio ella—. Pero ya le digo que su amigo no estuvo nunca por aquí.

—Bien... Quizá la señorita Vinter tenía otros amigos más íntimos que sí vinieron a visitarla alguna vez. Entiéndalo: visita social nada más; ya sé que esto no es un burdel. ¿Recuerda usted a alguno de sus amigos?

—Sus preguntas parecen calcadas de las de la policía. Le diré lo mismo que a ellos: no. Es norma de la casa, ¿comprende? Aquí vive gente modesta, pero respetable.

—¿Como la señorita Vinter?

—¡Ah!, ella era respetable aquí, y eso basta. Si quería ser puta, allá ella,

mientras no trajese tíos aquí, ¿comprende?

—Lo comprendo todo. ¿La ha llamado alguien estos días quizá por teléfono aquí abajo, o han dejado algún recado, alguna carta...?

—Nada de nada. ¿De verdad no es usted policía?

—De verdad.

La rubia sonrió, aplastó el cigarrillo en un cenicero ya repleto de colillas, y se abrió la bata, mostrando su total desnudez. No estaba gorda, pero sí tremendamente repleta, dura, maciza, con los pechos altos, blanquísimos... Rock Forrest miró el incitante cuerpo, y luego los ojos de la rubia teñida, que sacó un instante la punta de la lengua, guiñó un ojo y dijo:

—Me llamo Emma.

—Yo no —dijo Rock Forrest

Dio media vuelta y salió del cuchitril, dejando petrificada y pálida a la maciza Emma..., que, al parecer, sólo estaba en contra de la visita de los tíos que no iban a verla a ella.

Ya en la calle, Rock Forrest caminó desconcertado, convencido de que había hecho el tonto. ¿Qué podía encontrar él que no encontrase la policía? Allí, no, desde luego. Pero..., ¿y en el bar donde Katy Vinter tenía su base de operaciones? Claro que la policía debía haber batido también aquella base, pero..., ¿qué más tenía? Nada más.

Cuando llegó al bar en cuestión, después de cenar unos bocadillos en un snack, ya era de noche y el ambiente comenzaba a animarse. El bar se llamaba nada menos que The Happy Bird (1), lo que implicaba toda una serie de interesantes sugerencias, al menos para los maliciosos.

(1) El Pájaro Feliz.

Se acomodó en un taburete, y pidió un jugo de naranja. El camarero lo miró algo pasmado, pero le sirvió el jugo de naranja. Mientras tanto, en el bar habían entrado dos mujeres más, que fueron directas a sentarse junto a Rock, una a cada lado. Ofrecían un contraste tremendo: una era pelirroja, y la otra era una chinita preciosa.

—Hola, campeón —sonrió la chinita—. ¿A qué nos invitas?

—Tienes cara de generoso —dijo la pelirroja.

Forrest miró a una y a otra, y asintió con un gesto.

—¿Qué tal os sentaría una botella de champaña, guapas?

—¡Atiza! —exclamó la pelirroja—. ¡No esperaba que lo fueses tanto!

—¿Generoso? No lo soy demasiado. Pero puedo invitar a champaña a dos chicas encantadoras para pasar un rato charlando con ellas.

—¿Charlando? —rio la chinita.

—¡Por el momento —sugirió Rock—. ¿Conocíais a Katy Vinter?

Se quedaron mirándolo las dos. Rock bebió un trago de jugo de naranja. La pelirroja se inclinó hacia él.

—A un caballero tan generoso como tú —susurró—, quizá podríamos decirle algunas cosillas interesantes sobre Katy.

—¿Vamos a una mesa con la botella de champaña?

—No. Ni hablar de eso... Te diré lo que vamos a hacer, si te interesa: tú nos dejas pagada una copa de lo que quieras, y te vas. Dentro de unos minutos, salimos nosotras, vamos los tres a nuestro apartamento, y seguro que allí nos entendemos. ¿Te interesa?

Rock Forrest ni siquiera contestó. Sacó un par de billetes, hizo una seña al camarero, y cuando lo tuvo delante hizo un gesto con la cabeza hacia ambos lados, mientras le tendía los billetes.

—Póngales algo bueno a las chicas, amigo.

—Sí, señor.

—Adiós, cachondas.

—Adiós, rubio —rio la chinita—. ¡Otra vez será!

Salió de The Happy Bird, seguido por la mirada un tanto hosca del camarero, que luego la desvió hacia las dos mujeres.

—Vosotras sois nuevas aquí —refunfuñó—. ¿Buscáis algo especial?

—A ti —rio la pelirroja.

—Nada de guasas, ¿estamos? —gruñó el camarero—. A mí no me gusta ver caras nuevas, y además esto es coto cerrado, de modo que...

—¡Qué hombre tan grosero! —exclamó la chinita—. ¿A que ni siquiera tomamos aquí la copa a la que nos ha invitado el bello rubio, Dolly?

—Tienes razón, Pei Yi. A nosotras los tragos nos gusta tomarlos en buena compañía. ¿Nos vamos?

—Nos vamos —dijo la chinita, saltando del taburete.

* * *

—Ponte cómodo —dijo la pelirroja.

Rock Forrest miró alrededor, un tanto mosqueado.

—Te ayudaré —dijo la chinita, colocándose tras él y tirando de su chaqueta—. ¡Vamos, no seas tímido!

Rock se dejó quitar la chaqueta.

—¿Sabes? —dijo la pelirroja—. Mientras tomábamos la copa a la que nos invitaste, llegamos a un acuerdo Pei Yi y yo: ¡nos gustas un horror a las dos!

—Y como hemos pensado que de cuando en cuando es bueno hacer las cosas por gusto, te va a salir gratis la fiesta —dijo Pei Yi.

—Os lo agradezco. Pero no se trata de eso. Sólo quiero hablar de Katy Vinter.

Se quedaron mirándolo las dos, un tanto enfurruñadas. Por fin, la pelirroja murmuró:

—¿Eres policía?

—No. De veras: nada de policía. Ni siquiera periodista —se apresuró a añadir.

—Entonces, sigues cayéndonos bien —rio Pei Yi—, de modo que vamos a darle ambiente a la conversación.

En un abrir y cerrar de ojos su vestido cayó al suelo. La pelirroja, quizá porque era más alta, tardó una décima de segundo más que la chinita en quedarse en las mismas condiciones para el resfriado.

—¿A cuál prefieres primero? —preguntó Dolly.

—Escuchad, no necesitáis hacer esto para conseguir una buena prop...

—¿Quién está hablando de dinero? Te hemos dicho que nos gustas, y que no siempre se han de hacer las cosas en su aspecto... laboral. Eres un tío impresionante... ¡Oye! ¿No serás un mariconcete?

—No —gruñó Forrest.

—Qué suerteeeeee... —deslizó la pelirroja, colgándose de su cuello.

* * *

—Eres un fenómeno —suspiró la chinita.

—Y te has ganado un trago —añadió Dolly, que había estado preparando unos whiskys—. Vamos, hombre: ¡esto reanima!

Forrest dirigió una hosca mirada al vaso, pero se sentó en el sofá junto a la chinita, lo tomó, y bebió un corto trago.

—¿Prefieres leche? —rio Pei Yi, desperezándose voluptuosamente en el sofá.

—Ella tiene razón —rio Dolly—. ¡Parece que tengas miedo al whisky! Y eso es sorprendente en un fenómeno como tú.

Rock bebió otro trago, algo más largo. Demasiado whisky para él, en sólo dos días, pero...

—Hablemos de Katy —-dijo.

—¡Y qué manía, hijo...! ¿Acaso tienes prisa?

—Pues no, pero...

—-Entonces, tranquilo. A nosotras nos gustaría repetir la sesión... ¿Y a ti?

Rock Forrest alzó la mirada hacia la pelirroja. La vio como una mancha de carne ante sus ojos, como si estuviese bailando... Estiró los párpados, sacudió la cabeza... El vaso de whisky escapó de sus dedos y se estrelló en el suelo.

—A... a mí... a mí me... me gustaría...

—No te oímos bien —oyó la risa.

Se puso en pie bruscamente. La cabeza le dio un millón de vueltas..., pero pese a esto, comprendió lo que estaba pasando. Adelantó una mano, y alcanzó a tocar a la pelirroja, pero ésta retrocedió vivamente, riendo.

—Par de... de p... de pu... put...

Le pareció que su cabeza salía disparada de los hombros, y que se perdía en el espacio infinito. En el negro, insondable espacio infinito.

CAPITULO V

Lo primero que percibió fue en el aspecto acústico. Oyó una risa femenina, y luego la voz:

—Ya despierta.

Abrió los ojos. Vio el suelo ante ellos. Parpadeó, alzó la cabeza, y entonces vio al viejo japonés. Estiró los párpados, se sobrepuso a su sorpresa, y consiguió enfocar de nuevo debidamente la mirada. Sí, era un viejo japonés, menudo, delgado, con la cabeza rapada, y el cuello delgado como un alambre...

—Mi nombre es Kato Masayuki —dijo el japonés, en perfecto inglés—. Nos ha ocasionado usted muchos problemas, señor Forrest.

Rock volvió a parpadear. Quiso pasarse las manos por la cara, y fue entonces cuando se dio cuenta de que no podía mover los brazos. Un instante más tarde captaba perfectamente su situación: estaba sentado en una silla, a la que había sido sólidamente atado. Frente a él, ocupando un confortable y exótico sillón con adornos de flores y pájaros, estaba el tal Masayuki, mirándole fijamente con sus pequeños, negrísimos, penetrantes..., perforantes ojos.

—Tómeselo con calma —recomendó Masayuki—. Todavía es posible que lleguemos a un acuerdo, señor Forrest.

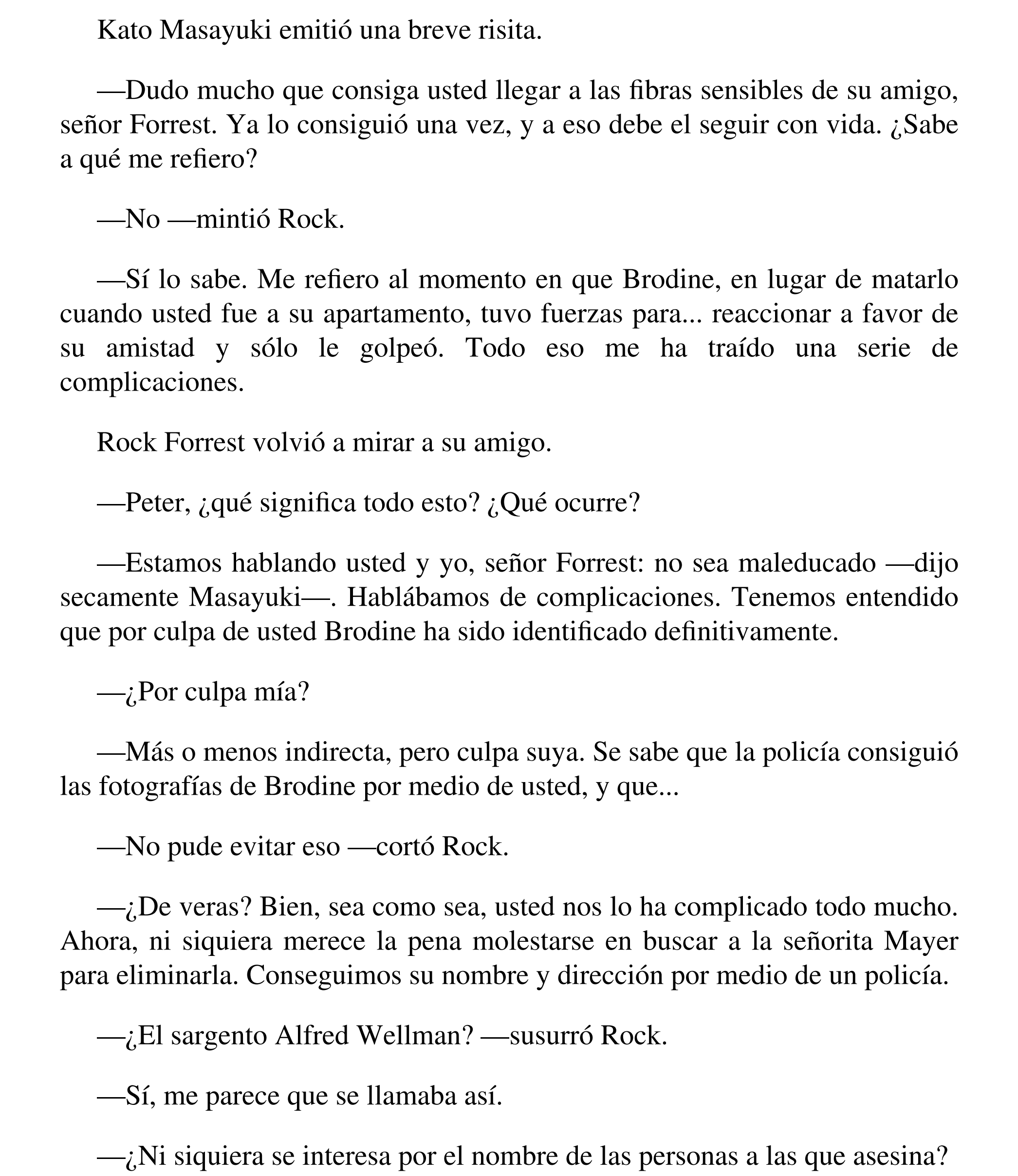
Rock volvió la cabeza hacia su derecha, y vio a Pei Yi y a Dolly, ya vestidas, como él mismo. Las dos lo miraban con irónica simpatía.

—Ya conoce a Pei Yi y Dolly, dos de mis... empleadas. Ellas tuvieron más astucia que la policía para seguirlo, señor Forrest. Desde que salió usted del Departamento de Policía, estuvimos acechándolo, hasta que llegó el momento del contacto. Tengo entendido que, cuando menos, pasó usted un rato agradable con ellas. Y eso tiene que agradecerme.

El budoka desvió la mirada, volvió la cabeza hacia al otro lado. Allí, igualmente de pie, había tres hombres, mirándolo fijamente. Respingó al reconocer inmediatamente a uno de ellos.

—¡Peter! —gritó.

Peter Brodine, entre el norteamericano Giesler y el japonés Kudo, lo ignoró. Es decir, continuó mirándolo fijamente, fríamente, sin reaccionar. Sus ojos estaban fijos en Rock Forrest, y eso era todo.



Kato Masayuki emitió una breve risita.

—Dudo mucho que consiga usted llegar a las fibras sensibles de su amigo, señor Forrest. Ya lo consiguió una vez, y a eso debe el seguir con vida. ¿Sabe a qué me refiero?

—No —mintió Rock.

—Sí lo sabe. Me refiero al momento en que Brodine, en lugar de matarlo cuando usted fue a su apartamento, tuvo fuerzas para... reaccionar a favor de su amistad y sólo le golpeó. Todo eso me ha traído una serie de complicaciones.

Rock Forrest volvió a mirar a su amigo.

—Peter, ¿qué significa todo esto? ¿Qué ocurre?

—Estamos hablando usted y yo, señor Forrest: no sea maleducado —dijo secamente Masayuki—. Hablábamos de complicaciones. Tenemos entendido que por culpa de usted Brodine ha sido identificado definitivamente.

—¿Por culpa mía?

—Más o menos indirecta, pero culpa suya. Se sabe que la policía consiguió las fotografías de Brodine por medio de usted, y que...

—No pude evitar eso —cortó Rock.

—¿De veras? Bien, sea como sea, usted nos lo ha complicado todo mucho. Ahora, ni siquiera merece la pena molestarse en buscar a la señorita Mayer para eliminarla. Conseguimos su nombre y dirección por medio de un policía.

—¿El sargento Alfred Wellman? —susurró Rock.

—Sí, me parece que se llamaba así.

—¿Ni siquiera se interesa por el nombre de las personas a las que asesina?

—Era un policía que intervenía en el asunto, eso es todo. Le obligué a decirme quién era la testigo, y envié a por ella. Si la hubiésemos matado, ahora la policía sólo tendría una foto-robot, lo que no es demasiado. Pero usted estaba también en el apartamento de la señorita Mayer, y otra vez nos creó complicaciones. Ahora, ella ha desaparecido, la policía está buscando a Peter Brodine concretamente..., y mientras tanto usted sigue empeñado en meter sus narices en asuntos que no le conciernen.

Rock volvió a mirar a Peter Brodine.

—¿Fuiste tú, Peter? —murmuró—. ¿Interviniste en el asesinato de esa pobre chica?

—Fueron ellos tres —contestó Masayuki en lugar de Brodine, que permanecía silencioso, como fascinado—. Y me veo obligado a mantenerlos fuera de la circulación por culpa de la señorita Mayer. Menos mal que ahora, al menos, sabemos que solamente Brodine ha sido identificado. Lo que significa que podré disponer de dos budokas más para conseguir mis objetivos.

Rock miró a Giesler y al japonés Kudo, que parecían estatuas junto a Brodine, como éste mismo. Budokas. Entonces, era cierto: tres budokas habían asesinado brutalmente a una simple mujer inofensiva.

—¿Por qué la mataron? ¿Qué sabía ella, o qué...?

—No, no, no... Fue una víctima elegida al azar para la prueba, señor Forrest. Por ese camino del preguntarse ¿por qué?, la policía jamás encontrará nada.

—¿Una víctima elegida al azar? ¿A qué prueba se refiere usted?

—A la prueba de la obediencia. Todos mis budokas son sometidos a una prueba antes de ser seleccionados para la acción final. Sólo los más obedientes son seleccionados.

—Seleccionados, ¿para qué?

—Ah, señor Forrest —rio Kato Masayuki—, ¡eso ya sería saber demasiado por su parte! De modo que seguiremos hablando de lo otro, de la prueba de obediencia. Decíamos que la prostituta fue elegida al azar. Sólo se trataba de que yo valorase la capacidad de obediencia de mis budokas. Les dije: id a la calle y destrozad a golpes a una mujer, y si es posible, violadla luego. Esto último no pudo lograrse, porque la cosa se complicó por culpa de la señorita Mayer. Pero quedó demostrado que mis budokas me obedecen ciegamente.

—¿Y para convencerse de eso ordenó que destrozaran a una mujer?

—Sólo para eso, efectivamente. Ellos eligieron a esa Katy Vinter, como podían haber elegido a cualquier otra, y procedieron a cumplir con toda exactitud mis órdenes. De modo que, en principio, fueron seleccionados, como otros muchos budokas que tengo a mi disposición. Sin embargo, a la mañana siguiente Brodine no obedeció mis órdenes de matarlo a usted, lo que me hace temer que él quizá no pueda ser utilizado. De todos modos, pienso que Brodine se resistió a obedecerme porque usted y él eran amigos, y su subconsciente le impidió matarlo. No le importó matar a la prostituta, pero se resistió a matarlo a usted, lo que yo interpreto como un... residuo emocional.

Y claro está, no puedo permitirme el lujo de que mis budokas reaccionen a impulsos de sus emociones personales.

—Lo que usted quiere es que le obedezcan ciegamente.

—Por supuesto. Y el caso de Brodine me tiene preocupado, así que he decidido someterlo a otra prueba. Si tampoco esta vez me obedece ciegamente, no tendré más remedio que... prescindir de él para mis planes Aunque, después del nuevo tratamiento intensivo a que he sometido a Brodine, espero que todo esté bien ahora. Lo sabremos muy pronto.

—¿De qué modo?

Kato Masayuki sonrió. De pronto, miró a Brodine, y dijo, señalando a Rock Forrest:

—¡Mátalo a golpes. Pero despacio, no en seguida.

La mirada de Forrest saltó hacia su amigo. Lo vio adelantarse, colocarse ante él, y cerrar los puños. Un relámpago de frío recorrió el cuerpo de Rock: sabía perfectamente que Peter Brodine podía matarlo con sólo unos cuantos golpes. Lo conocía bien, habían aprendido juntos, habían...

El puño derecho de Brodine salió disparado, y acertó a Rock Forrest en un lado del pecho. Las costillas crujieron, lanzó un alarido de dolor, y, cayó hacia atrás con la silla a la que estaba atado. A una seña de Masayuki, Kudo y Giesler lo pusieron derecho de nuevo, y Brodine volvió a colocarse ante él, echando el puño hacia atrás.

De nuevo silbó su puño, y Rock recibió el impacto en un lado de la barbilla. Era un golpe mortal, y solamente las órdenes de Masayuki a Brodine hicieron a éste controlar su tremenda potencia. Le habían ordenado que no lo matase en seguida, y eso hacía..., pero su potencia era excesiva para cualquiera, así que Rock Forrest cayó de nuevo, perdido el conocimiento. Brodine lo siguió, hizo girar la silla de un puntapié, y aplicó otro, ahora al vientre de Rock Forrest, que no reaccionó por supuesto...

—Ya basta —ordenó Kato Masayuki—. Está bien, Brodine, así me gusta más. Ya no vamos a matar a Forrest, pues lo utilizaremos para algo mucho más útil que convertirlo en cadáver. Forrest nos ha demostrado sobradamente ser demasiado buen budoka como para desperdiciarlo. Lleváoslo y cuidadle. Mañana volveré a hablar con él, si está en condiciones.

* * *

—Hola, rubio —rio la chinita—. ¿Cómo has pasado la noche?

Rock Forrest la miró sin contestar. ¿Que cómo había pasado la noche? Evidentemente, la chinita tenía ganas de cachondeo: cuando recuperó el conocimiento estaba atado de pies y manos a una cama, y le estaban curando en lo posible el golpe de la cara; luego, siempre manteniéndolo atado a la cama, el viejo chivo de raza asiática que clasificó como chino, le había vendado el torso con vistas a proteger sus costillas, tres de las cuales habían sido rotas por el impacto del puño de Peter Brodine. Después de esto, simplemente le habían dejado solo toda la noche, soportando los dolores de la pierna, de la cara, de las costillas...

—Parece que está enfadado —dijo Dolly, tan sonriente como ¡Pei Yi.

—¿Sabes? —se acercó la chinita tras dejar la bandeja sobre una mesita—. Nosotras también hemos pasado la noche muy disgustadas. Le pedimos a Kato Masayuki que nos dejase acostarnos contigo para divertirnos, pero dijo que no, que no estabas en condiciones de más alegrías, y que quería que te repusieras pronto, para utilizarte.

—¿Para utilizarme? —murmuró Rock.

—Le has gustado —dijo Dolly; y soltó una carcajada—. ¡No como a nosotras, claro! Pero le has gustado.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Estoy segura de que ya lo has comprendido: puesto que tan amigo eres de Brodine, militarás en su bando.

—Lo que quiere decir Dolly —intervino Pei Yi— es que dentro de poco serás un budoka de lo más obediente. ¿Cómo estás de apetito?

—Bien.

—Me alegra mucho oír eso. Pero ya sabes que me refiero a apetito de comida, no de otra cosa. Aunque si tienes apetito de otra cosa...

La chinita se inclinó sobre Rock, de modo que sus pechos casi salieron por entre la parcialmente desabrochada blusa. Apretó los labios cuando Pei Yi posó los suyos en ellos, en una caricia húmeda y riente.

—¡Vaya! —protestó Pei Yi—. ¡¡No tienes por qué estar enfadado con nosotras, que fuimos de lo más amable contigo!

—Todos los hombres son iguales —dijo Dolly, sin dejar de sonreír—: unos puercos desagradables. ¡Merecerías que te dejásemos sin desayuno! Pero, en fin, no seremos nosotras quienes desobedezcamos a Kato Masayuki. A ver, levanta un poco la cabecita... Así... Te hemos traído leche. ¿De

acuerdo?

Rock Forrest se limitó a beber la leche que Dolly le daba, sosteniéndole la cabeza por detrás. Luego, fue la chinita la que fue acercando a su boca un par de bocadillos, que el budoka engulló con normal apetito. Café. Fin del desayuno.

—Eres un buen chico, en el fondo —dijo Dolly, acariciándole—. Por favor, pórtate bien para que no tengan que matarte, y así podremos seguir siendo buenos amigos los tres.

Forrest miró sorprendido de una a otra, pero no dijo nada. Ellas volvieron a reír, se hicieron cargo de la bandeja, y salieron de la habitación.

El budoka no tenía ni idea de dónde se hallaba. Ni tenía idea de la hora que era, aunque dedujo que debía ser temprano. Las nueve de la mañana, aproximadamente. ¿Y bien? ¿De qué iba el asunto? La respuesta no parecía demasiado difícil: Kato Masayuki tenía proyectado hacer con él lo mismo que con Peter y con los demás budokas a los que él se había ido enfrentándose. Es decir, que tenía planeado convertirlo en un ser de lo más sumiso y obediente.

¿Cómo iba a conseguir eso..., o a intentarlo? ¿Una droga? Era más que posible, ya que para controlar mentalmente a un hombre como Peter Brodine el procedimiento debía ser fuerte. Pensó en los otros budokas a los que se había enfrentado. Había matado a uno, y posiblemente otro hubiese muerto ya. Mala suerte. Pero, ¿cómo podía saber él que eran budokas posiblemente honestos que habían sido drogados?

¿Y qué demonios se proponía Kato Masayuki con todo aquel juego?

Cerró los ojos, y se dedicó simplemente a descansar. Quizá pasaron dos horas antes de que oyese abrirse la puerta. Abrió los ojos, y vio entrar a Kato Masayuki, solo, y cerrar la puerta tras él. Llevaba un kimono negro con adornos de flores y pájaros, en verdad exótico. Era un sujeto exótico todo él, sin duda.

Masayuki acercó una silla, la colocó junto a la cama, y se sentó, mirando amablemente a Rock.

—¿Cómo va eso? —se interesó.

—Bien —murmuró Rock.

—Espléndido. Mi médico, el honorable Long Fo, es muy eficaz, ciertamente. ¿Se siente con ánimos de dar un paseo, señor Forrest?

—Desde luego.

—¡De nuevo espléndido.

Kato Masayuki sonreía, siempre amablemente. Y a medida que hablaba, sus manos comenzaron a moverse delante del rostro de Rock Forrest, que durante unos segundos las estuvo mirando, desconcertado. Al mirar de nuevo los ojos de Masayuki, los vio fijos en él, y sintió aquella sensación... perforante, taladrante. Hubo un lento parpadeo en los ojos de Rock Forrest. Delante de éstos, las arrugadas manos de Masayuki continuaban moviéndose, haciendo extraños signos con los dedos, cruzándolos y descruzándolos, mientras los pequeños ojos parecían barras de hierro que se prolongaban hasta los de Rock, penetrando en ellos.

En un instante, Rock Forrest comprendió lo que estaba ocurriendo. Lo comprendió todo: ¡Kato Masayuki estaba utilizando la vieja técnica del Nin Jutsu llamada Kuji Kiri!

La sorpresa fue tal que Rock debió a ésta no reaccionar en modo alguno, como si no hubiese comprendido de qué se trataba. Pero sí lo había comprendido, y sabía ya por qué Peter le había golpeado a él al recibir una orden de Masayuki, y por qué junto con Giesler y Kudo habían asesinado a golpes a la desdichada Katy Vinter, y por qué los otros budokas habían ido a asesinar a Alice Mayer...

Kuji Kiri, una de las técnicas del Nin Jutsu, uno de los extremos recursos del Ninja o espía-asesino. Kuji Kiri, el hipnotismo de ancestral técnica, con el cual los Ninja podían controlar a sus adversarios en momentos de apuro, o infundirse valor a sí mismos, o serenidad... ¡Masayuki lo estaba hipnotizando utilizando el Kuji Kiri!

Frente a él, algo de lado, Masayuki continuaba haciendo signos cabalísticos con sus dedos, siempre fija su mirada en la de Rock Forrest, hasta que éste sonrió hoscamente y masculló;

—Escuche, conmigo no...

—¡Cállese!

La mirada de Masayuki pareció ser más y más penetrante. Sus dedos se movían con extraña agilidad, como si estuvieran desarticulados, describiendo más y más signos cabalísticos. Rock comenzó a estirar los párpados, y a separarlos mucho, como si se estuviese durmiendo y quisiera a toda costa mantenerse despierto. Los párpados se cerraron durante unos segundos, volvió a abrirlos, se cerraron de nuevo...

—Mírame —ordenó Masayuki.

Forrest miró al viejo japonés. Los signos digitales de éste fueron perdiendo

violencia, agresividad. La mirada intensa de sus negrísimos ojos se fue suavizando. De pronto, pasó los dedos de la mano izquierda por el rostro de Rock Forrest, describiendo una extraña figura velozmente.

Luego, preguntó:

—¿De qué estábamos hablando?

—De dar un paseo —sonrió el judoka—. No sólo me siento con ánimos, sino que me gustaría mucho.

—De acuerdo —asintió el japonés.

Procedió a desatar los pies primero y luego las manos de Forrest. Este se sentó en la cama, frotándose las muñecas, y luego los tobillos. Se puso en pie, finalmente.

—Bueno, adiós —se despidió.

—¿Adónde vas?

—A dar un paseo —lo miró sorprendido el budoka.

—No. Quiero que te quedes aquí sentado.

—Está bien.

Forrest se sentó en el borde de la cama. Masayuki se acercó a él, y murmuró:

—Pase lo que pase, no te muevas.

—Muy bien.

La mano derecha de Masayuki se cernió un instante sobre un ojo de Forrest, como dispuesto a aplicar en éste el suave, pero dolorísimo atemi Gansei, en el globo ocular; pero la mano se desvió, y dos dedos, finalmente, presionaron en un lado del cuello, en el punto denominado Tsieng-tsing, por los expertos chinos. No fue una presión demasiado fuerte, pero Masayuki vio el gesto de terrible dolor que apareció en el rostro de Forrest, el cual, sin embargo, no se movió. Ni siquiera se crispó, que era la reacción mínima que debía esperarse.

Kato Masayuki retiró los dedos y sonrió al budoka, que permanecía inmóvil, pero lívido.

—¿Muy doloroso? —preguntó.

—Sí —jadeó Rock.

—Ya pasará. Dime. —Masayuki volvió a sentarse en la silla—, ¿dónde está la señorita Mayer?

—No lo sé. Bueno, sé dónde vive, pero un amigo me dijo que la policía la había instalado en un hotel.

—¿No sabes en qué hotel?

—No, no me interesó. Estoy cabreado con ella, porque tiene la lengua demasiado larga.

—A mí me pareció que erais buenos amigos.

—Amigos de unas cuantas horas, una noche —gruñó Forrest—, no me gustan las mujeres que no saben tener la boca cerrada. Ella fue la que informó a la policía del nombre de Peter Brodine, abusando de la confianza que yo le había otorgado durante la cena y en otros momentos.

—Ya, En resumen, estás molesto con la señorita Mayer.

—Es una idiota —encogió los hombros Rock—, ¡que se vaya al demonio!

—¿Y no te gustaría enviarla tú mismo al demonio?

—No vale la pena molestarse. ¡Que se pudra!

—Sí, que se pudra, pero después de muerta. ¿Podrías saber en qué hotel está?

—Me parece que sí.

—Pues entérate, ve allá, y mátala.

Rock Forrest parpadeó. Luego, encogió de nuevo los hombros.

—De acuerdo. ¿Cuándo tengo que hacerlo?

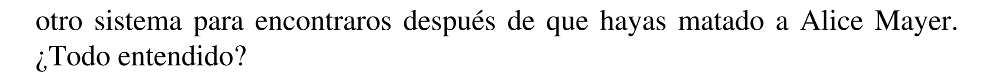
—Esta misma tarde. Dillman y Takeuchi irán contigo.

—¿No podría venir ¡Peter?

—No. Irán Dillman y Takeuchi.

—Está bien. Pero antes tengo que saber dónde está ella.

—Pei Yi os sacará a los tres de aquí en el coche cerrado, y os dejará en Manhattan. Quedad con ella dónde debe recogeros a medianoche, o cualquier



otro sistema para encontraros después de que hayas matado a Alice Mayer. ¿Todo entendido?

—No he entendido eso del coche cerrado.

—Es un coche con cortinillas, a fin de que no sepas dónde has estado, ni sepas luego adónde regresas.

—¿Por qué? —se sorprendió Forrest.

—Simple sistema de seguridad. Vamos.

Masayuki abrió la puerta, y sonrió al ver el gesto de sorpresa del budoka al encontrarse ya frente a Dillman y Takeuchi, que habían estado esperando en el pasillo. Recorrieron éste, llegaron a un amplio y sórdido vestíbulo, y Masayuki abrió una puerta que había a la derecha. De la puerta partía un tramo de escalones descendentes, luego un pasillo, al final de éste un tramo de escalones ascendentes..., y Rock Forrest se encontró en un garaje, en el cual, fumando un cigarrillo, estaba la encantadora Pei Yi.

—Entrad en el coche, en la parte de atrás —ordenó Masayuki. Hizo una seña a la chinita, que apagó el cigarrillo y se acercó a él.

—Parece que lo ha conseguido también con él —rio Pei Yi.

—De eso quiero asegurarme, precisamente —asintió Masayuki—. Le he ordenado que mate a Alice Mayer, y si lo hace querrá decir que también es apto para formar parte del grupo, aunque tenga que intensificar un poco el tratamiento. Ve con ellos, poneos de acuerdo sobre el sistema de reuniros después de dejarlos en Manhattan ... y ten mucho cuidado.

—Descuide —sonrió la chinita—. Entiendo que debo volver con ellos aquí.

—Sí, sí. Pero marchaos ya. Forrest tiene que localizar el hotel donde está Alice Mayer.

CAPITULO VI

De pie frente a un escaparate, Dillman y Takeuchi vieron a Rock Forrest salir de la cabina telefónica y acercarse a ellos. Se volvieron para darle frente.

—¿Qué? —gruñó Dillman.

—Me ha costado, pero lo he conseguido —asintió el budoka—. Como la vez anterior, he utilizado a uno de mis alumnos de judo, un sargento de la policía.

—¿No sospechará nada?

—¿De mí? —casi rio Rock—. ¡Claro que no! Además, no le he dicho que tenga intenciones de ir a ver a la idiota esa; sólo le he preguntado por ella, y si estaba bien. Mi alumno está convencido de que hay algo... profundo entre la Mayer y yo, así que le ha parecido normal mi interés. Otra cosa: la policía me está buscando, así que tendremos que ir con mucho cuidado.

—¿Por qué te buscan? —se inquietó Takeuchi.

—Porque ayer dejé con un palmo de narices a dos de ellos, y eso les ha hecho sospechar cosas raras de mí, de modo que me están buscando.

—Esto complica las cosas.

—Tonterías —gruñó Rock—. Vamos a donde ayer dejé mi coche cuando fui con Dolly y Pei Yi, nos metemos en él, y daremos unas vueltas cerca de ese hotel, a ver cómo están las cosas.

—Recuerda lo que dijo Masayuki al despedimos: tienes que matarla tú —dijo Dillman.

—Con mucho gusto —gruñó Forrest—. ¿Cuál es tu problema, Dillman?

—Yo diría que el problema lo tienes tú.

—Entonces, no te preocupes: yo siempre he resuelto mis problemas,

* * *

Era un hotel discreto y confortable. Y ciertamente, la policía no lo había rodeado de hombres. En todo caso, como habían comentado los tres, lo máximo que habrían hecho sería poner un hombre, quizá dos, custodiando de cerca de Alice Mayer. Podían estar en el pasillo de su habitación, o incluso en la misma habitación con la doctora.

—A lo mejor —sonrió Dillman—, con lo complaciente que es la tía esa, lo está pasando divinamente con los dos policías. Seguro que no tiene suficiente con uno. ¿Qué dices tú, Rock?

—Que te vayas a la mierda.

Dillman frunció el ceño, gruñó algo, y quedó silencioso.

Después de enterarse Rock de dónde estaba instalada Alice Mayer, habían almorzado, habían ido luego a un cine, y finalmente habían vuelto con el coche a echar otro vistazo por los alrededores del hotel. Mientras tanto, estaba llegando la noche...

—¿Qué estamos esperando? —murmuró Takeuchi.

—Nada en absoluto. Entrad primero vosotros.

Se apearon Dillman y Takeuchi, los testigos impuestos por Kato Masayuki. Rock Forrest buscó estacionamiento, que encontró al otro lado de la manzana, y volvió frente al hotel. Entró tranquilamente, y, sin necesidad de preguntar nada, cruzó el vestíbulo, directo hacia las escaleras. Sentados en el vestíbulo, leyendo un periódico simulando que esperaban a alguien, Takeuchi y Dillman esperaron unos segundos, y luego subieron detrás de él.

Rock Forrest llegó al tercer piso, buscó la habitación 304, y llamó a la puerta. Esta fue abierta muy pronto por un hombre, con la mano izquierda; la derecha la tenía en el bolsillo de este lado de la chaqueta. Al ver a Forrest el hombre no pudo evitar un gesto de sorpresa.

—Hola —gruñó Rock—. Soy Forrest, en efecto. ¿Puedo ver a Alice?

—¿Dónde se ha metido usted? —preguntó el policía, apartándose del umbral—. El teniente Alsop está que se lo llevan los demonios.

—Ya hablaré luego con el teniente. Ahora quiero ver a la señorita Mayer. Es importante.

—Está en el dormitorio. Mientras usted habla con ella, yo llamaré al teniente. ¿Okay?

—Okay,

El policía señaló hacia la puerta que había al fondo de la pequeña salita. Nada menos que una suite... Eso sí era cuidar a los testigos de la policía, sin duda.

Alice Mayer apareció en la puerta del dormitorio, abrió la boca con gesto de asombro, y acto seguido exclamó:

—¡Rock!

Forrest miró de reojo al policía, que lo adelantaba, directo hacia el teléfono. Lo agarró por un hombro con la mano izquierda, lo hizo girar, y le hundió el puño en el estómago en impresionante ura zuki bajo, al que siguió un extraordinario mawashi con la derecha, que alcanzó al policía eh la barbilla

y lo derribó de lado, sin sentido.

Su acción fue tan rápida que Alice Mayer no tuvo tiempo de salir de su asombro, de reaccionar en ningún sentido. Forrest se acercó a ella, la tomó de los brazos, y la empujó hacia el dormitorio, mascullando:

—No te muevas de aquí.

Regresó hacia la puerta, la abrió, y dejó pasar a Dillman y Takeuchi. Cerró tras ellos, señaló hacia el dormitorio, y se adelantó a ellos. Cuando entraba, Alice se disponía a salir, sorprendida, desconcertada la expresión.

—Rock, ¿qué...?

El puño izquierdo de Rock golpeó en el hígado de la doctora Mayer, que quedó crispada, paralizada. Rock le hizo dar la vuelta, la sujetó por detrás pasándole la mano izquierda por la boca para impedirle emitir siquiera un sonido, y apretó la cabeza de Alice contra su pecho, volviéndose. Alice vio a Dillman y Takeuchi, y sus ojos se desorbitaron,

Sin contemplaciones, Forrest la arrastró hacia la pequeña chimenea simulada en la salita de la suite. Junto a la chimenea había un viejo buró, y sobre éste, entre otras cosas, un abrecartas. Lo cogió con la mano derecha, lo alzó, y miró a los dos budokas, que contemplaban la escena en silencio, tensos. La mirada de Alice Mayer Se había alzado, y, todavía más desorbitados los ojos, contemplaba el abrecartas que se cernía sobre ella.

—¡Mmmmmm...! —intentó gritar.

La mano derecha de Rock Forrest descendió, el abrecartas impactó en el pecho de Alice Mayer, bajo el seno izquierdo, y la muchacha dio tal sacudida que pareció a punto de desprenderse de la mano que le sujetaba fuertemente la cabeza tapándole la boca. Inmediatamente, se relajó, quedando colgada de aquella fuerte mano. La derecha retiró el cuchillo, lanzando rojas gotas a todos lados, y volvió a bajar, con fuerza, de modo que el chorreante abrecartas volvió a hundirse casi en el mismo sitio donde la blusa de Alice Mayer se empapaba ya de sangre...

Al recibir la segunda puñalada, la muchacha ni siquiera reaccionó. Aun así, Rock Forrest aplicó un tercer golpe. Luego, dejó caer a Alice Mayer, que rodó por el suelo y quedó tendida de bruces. El budoka se acercó entonces al desvanecido policía, lo colocó cara al techo, apoyó la punta del ensangrentado abrecartas en el pecho, sobre el corazón, y presionó con las dos manos y el vientre. La hoja desapareció en el pecho del policía, cuyas piernas dieron una violenta sacudida, que terminó en seguida.

Rock retiró el abrecartas, lo tiró a un lado, y se irguió.

—Vámonos —dijo serenamente.

Takeuchi y Dillman dejaron de mirar al policía, volvieron a mirar a Alice Mayer, y el segundo asintió, no menos sereno que Forrest.

—Sí, será mejor que nos vayamos... ¡Y cuanto antes!

Rock señaló hacia la puerta. Primero salieron Dillman y Takeuchi, y se dirigieron hacia la escalera. Rock los estuvo mirando hasta que desaparecieron por ellas hacia abajo. Cerró la puerta de la habitación 304, y caminó tras ellos.

Cuando llegó al vestíbulo, ya no estaban allí. Salió del hotel, y a los pocos pasos los vio, esperándole. Les hizo una leve seña con la cabeza, y continuó caminando. No se dirigieron la palabra, ni se miraron más. Rock delante y ellos detrás, rodearon la manzana, y llegaron a donde el judoka había dejado su coche. Se metieron los tres en él y partieron.

Por el retrovisor, Forrest miró a sus dos acompañantes.

—Tenemos tiempo de ir a hacer una buena cena mientras esperamos la hora de reunimos con Pei Yi —dijo.

* * *

La chinita apareció puntualísima en el lugar donde los tres budokas estaban esperando, cerca del borde de la acera. Rock Forrest había dejado ya su coche estacionado lejos de allí, y, en efecto, él y los otros dos habían cenado estupendamente.

Se metieron en la parte de atrás del coche, y Pei Yi continuó circulando, sin dar tiempo siquiera a protestar a los conductores que iban tras ella, tan breve fue la parada.

—¿Y bien? —preguntó.

—Lo ha hecho —dijo Dillman.

—¿Seguro?

—¿Qué quiere decir seguro? —gruñó Dillman—. Nadie queda vivo después de tres cuchilladas en el corazón, nena.

Pei Yi no contestó. Unos veinte minutos más tarde, detenía el coche en una esquina. En la parte de atrás, Forrest, Dillman y Takeuchi cambiaron una mirada, y luego la miraron a la vez a ella.

—Pero..., ¿qué hacemos aquí? —exclamó Forrest—. ¡Estamos cerca del

hotel de Alice Mayer!

—Cierto —dijo Pei Yi, volviendo su sonriente rostro—. Muy cierto, rubio.

—Pero...

—Esperaremos un poco.

—No puedes pararte aquí —refunfuñó Takeuchi—. Está prohibido el estacionamiento.

—Pues daremos algunas vueltas.

Iban por la tercera cuando vieron la llegada de la ambulancia, y de dos coches de la policía, de los cuales comenzaron a salir hombres que corrieron hacía la entrada del hotel. Inmediatamente se armó un revuelo frente a éste.

—¿Qué demonios te propones? —gruñó Rock.

Pei Yi pareció no haber oído. Dio otra vuelta. Y otra... En esta ocasión, dos camilleros salían del hotel, portando una camilla, cuyo ocupante iba completamente tapado. Revelador. Pei Yi detuvo el coche, y a los pocos segundos vio sacar otro cuerpo. Habían llegado coches y taxis de los que saltaban periodistas, el grupo de gente frente al hotel iba aumentando, engrosando... Pei Yi se alejó definitivamente de allí.

Descendieron hacia Chinatown, y, en un momento dado, la chinita dijo:

—Corred las cortinillas. Todas.

Rock extendió la que separaba el asiento de atrás de los delanteros, de modo que dejaron de ver a Pei Yi. Takeuchi y Dillman corrieron las de los lados. Cinco o seis minutos más tarde, el coche se detenía. Ya no había resplandor de luces a los lados, sólo delante, y los tres budokas sabían que era debido únicamente a los faros del coche.

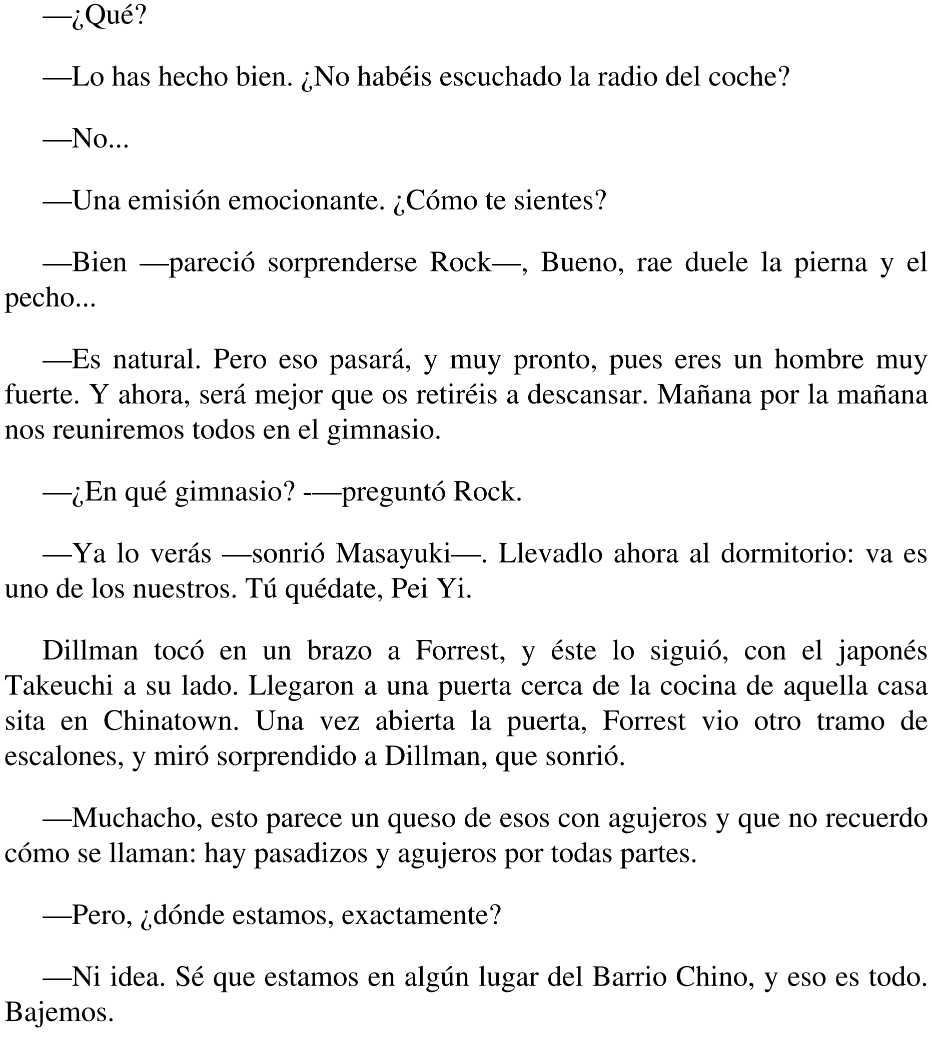
Se oyó la portezuela delantera izquierda.

—Salid —dijo Pei Yi.

Los tres budokas se apearon. Abandonaron el garaje por la puerta que daba al pasillo inferior, al que llegaron descendiendo el tramo de escalones.

Cuando aparecieron en el vestíbulo de la casa que Forrest ya conocía parcialmente, Kato Masayuki estaba esperándoles allí. Miró sonriente a Rock Forrest.

—Muy bien, Forrest.



—¿Qué?

—Lo has hecho bien. ¿No habéis escuchado la radio del coche?

—No...

—Una emisión emocionante. ¿Cómo te sientes?

—Bien —pareció sorprenderse Rock—, Bueno, rae duele la pierna y el pecho...

—Es natural. Pero eso pasará, y muy pronto, pues eres un hombre muy fuerte. Y ahora, será mejor que os retiréis a descansar. Mañana por la mañana nos reuniremos todos en el gimnasio.

—¿En qué gimnasio? -—preguntó Rock.

—Ya lo verás —sonrió Masayuki—. Llevadlo ahora al dormitorio: va es uno de los nuestros. Tú quédate, Pei Yi.

Dillman tocó en un brazo a Forrest, y éste lo siguió, con el japonés Takeuchi a su lado. Llegaron a una puerta cerca de la cocina de aquella casa sita en Chinatown. Una vez abierta la puerta, Forrest vio otro tramo de escalones, y miró sorprendido a Dillman, que sonrió.

—Muchacho, esto parece un queso de esos con agujeros y que no recuerdo cómo se llaman: hay pasadizos y agujeros por todas partes.

—Pero, ¿dónde estamos, exactamente?

—Ni idea. Sé que estamos en algún lugar del Barrio Chino, y eso es todo. Bajemos.

—El queso se llama Gruyere.

—¡Eso es! Bueno, ¿qué más da?

Takeuchi fue el primero en iniciar el descenso. Le siguió Rock Forrest, y cerró la marcha Dillman. En efecto, llegaron a otro pasillo, que recorrieron hasta la mitad, donde Takeuchi empujó otra puerta, entró, y encendió la luz. Comenzaron a oírse refunfuños, gruñidos de protesta... Rock Forrest, en el umbral, miraba de nuevo sorprendido ante él. Estaba en un gran dormitorio lleno de literas, casi todas ellas ocupadas. Dillman le empujó, entró tras él, y cerró la puerta.

—Escoge la que más te guste de las que están libres —dijo.

Había unas veinticuatro literas, según calculó Forrest rápidamente. Desde

una de ellas, Peter Brodine le estaba mirando fijamente, incorporado sobre los codos; dormía sólo con el pantalón del pijama, de modo que se veía su pecho desnudo, modelado por la impresionante musculatura.

—Hola, Pete —saludó en un murmullo Rock.

Brodine no contestó. Se tendió, se colocó de costado dispuesto a continuar durmiendo, y eso fue todo. Rock Forrest fue mirando a los demás hombres. Allí dentro hacía calor, y la mayoría dormía como Peter Brodine, algunos incluso completamente desnudos. Miró también a Dillman y Takeuchi, que se estaban desnudando en silencio... Todos aquellos hombres tenían la musculatura fina, prieta, durísima, de quien la ha ido desarrollando lentamente, armónicamente... Contó un total de dieciséis hombres, incluido él.

Dieciséis budokas.

Dieciséis budokas asesinos.

—Venga, hombre —masculló Dillman—. Durmamos de una puta vez.

Rock Forrest se desnudó hasta quedar solamente en calzoncillos, apagó la luz, y se tendió en una litera.

CAPITULO VII

Despertó al oír el rumor a su alrededor. Lo primero que vio fue a Brodine, mirándole de pie junto a su fila de literas, vistiéndose, como estaban haciendo los demás.

—¿Qué pasa? —gruñó.

—Arriba, tío listo —rio Dillman—. ¡Hay que desayunar, para estar en forma!

Se vistió rápidamente, y pasó a un cuarto al otro lado del pasillo donde había aseos y servicios higiénicos. Nadie hablaba más que lo imprescindible, o sea, casi nada. Desde los aseos, pasaron a un comedor donde dos japoneses, silenciosos como muertos, les sirvieron a todos un abundante desayuno. Rock comió, pero apenas probar el café lo volvió a dejar sobre la mesa. Uno de los camareros japoneses se acercó a él y murmuró:

—Tómate el café.

—No me gusta.

—Tómate el café.

Rock Forrest se tomó el café. Terminaron el desayuno, y pasaron a una sala donde había sillones y sofás. Todos se desparramaron por allí, tomando revistas y periódicos. Forrest tomó una de las revistas, y fue a sentarse cerca de Peter Brodine.

—¿Qué te ocurre, Pete? ¿Ya no somos amigos?

—Déjame en paz.

Los demás los estaban mirando. Rock Forrest se dedicó a la lectura de la revista. Mejor dicho, a hojearla, mientras sentía como una especie de niebla en la cabeza. El café..., y lo que hubiese dentro del café, naturalmente. Sí, se sentía como flotando en niebla. Los demás estaban dando cabezadas, algunos se durmieron... Rock Forrest también cerró los ojos.

Los abrió de pronto, sobresaltado, al oír las palmadas. En la puerta de aquella sala vio a Kato Masayuki, y junto a él a Dolly y a Pei Yi, éstas ataviadas ya con un judogi y un karategi, respectivamente. Los demás budokas también habían despertado sobresaltados, y se estaban poniendo en pie.

—Al gimnasio —dijo Masayuki.

A medida que los budokas iban saliendo, Kato Masayuki los iba mirando fijamente, y haciendo sus gestos cabalísticos del Kuji Kiri ante sus ojos. Rock Forrest se quedó en último lugar, y también fue controlado mentalmente con el Kuji Kiri y la droga que había ingerido con el café. Estuvo mirando los penetrantes ojos de Masayuki y sus dedos que parecían desarticulados, hasta que el viejo japonés señaló el pasillo,

Kato Masayuki se subió a una pequeña tarima, y todos se quedaron mirándolo, inexpresivamente. Siempre junto a él, Pei Yi y Dolly, a las que él señaló.

—Ellas serán útiles, mezcladas con vosotros. Están a mi servicio precisamente porque, en ocasiones, adonde no puede llegar un hombre llega una mujer, al inspirar menos recelo. En estos días han aprendido algunas cosas interesantes gracias a vosotros, y espero que os sean útiles en el momento de la acción final. De momento, Pei y Dolly seguirán entrenándose con equipo adecuado, para no complicar las cosas. Pero vosotros, a partir de hoy, os entrenaréis con ropas corrientes de calle, pues no quisiera que por un detalle tan insignificante fallase algo. Aunque ya sé que podéis desenvolveros igual con vuestro equipo que vestidos de calle, prefiero que prescindáis, ya, del equipo. También quiero que vuestro entrenamiento de esta tarde sea

observado por unas personas que vendrán aquí, de modo que iros acostumbrando, si es que no lo estáis. Recordad que en la acción final no podréis llevar encima arma alguna; ni la más insignificante, pues seríais descubiertos. Por eso os he ido eligiendo a vosotros, tanto en Nueva York como en otros Jugares. Podría haber recurrido a unos cuantos canallitas de esos que saben mil trucos sucios, pero no me interesan, pues su mentalidad es poco conveniente para lo que yo necesito. Yo necesito hombres que sean muy peligrosos con las manos desnudas, pero que, además, tengan una mentalidad disciplinada. Así pues, elegí budokas.

Kato Masayuki quedó silencioso, mirando de uno a otro de los hombres que le escuchaban atentamente.

Asintió, y prosiguió:

—Sois judokas, aikidokas y karatekas; los otros budokas no me interesan, pues no servirían para mis propósitos. Aunque también vosotros sabéis manejar algunas de las armas del Budo, básicamente estáis mentalizados en los tres Artes Marciales que he mencionado, y que no precisan armas. Por eso, estaréis más en vuestro ambiente, sin armas, que los otros budokas. Como quiera que no he dispuesto de mucho tiempo para poner en práctica mi idea, que más adelante se irá ampliando y perfeccionando, comprendo que en esta ocasión no tengo a los mejores budokas del país, ni mucho menos, y la prueba está en que alguno de vosotros ha podido vencer fácilmente a otros. Esto ya no sucederá, no os enfrentaréis. Tenéis que aceptar la idea de que formaréis un bloque con un solo objetivo común. ¿Está claro?

Hubo asentimientos silenciosos, pero Forrest preguntó:

—¿Qué objetivo?

—Lo sabréis en el momento oportuno. Ahora, iniciad el entrenamiento, pero suave, porque esta tarde tendréis que hacer una demostración a mis visitantes. Sobre todo, conjuntaos bien con Pei Yi y Dolly. Como os he dicho, una mujer puede llegar adonde no dejarían llegar a un hombre, y eso quizá llegue a ser necesario. Esto es todo, por ahora.

—¡Vamos a empezar el entrenamiento! —rio Pei Yi.

Saltó ágilmente de la tarima, seguida de Dolly, y las dos casi corrieron en dirección a Rock Forrest, pero el desencanto apareció en sus rostros cuando oyeron la voz de Masayuki:

—No. Forrest no se entrena, no está en condiciones. Y como tengo muy buena opinión de él precisamente debido a su actuación en la realidad, él dirigirá, o mejor dicho, supervisará los entrenamientos. Recordadlo en todo

momento: os tendréis que enfrentar a hombres armados con armas de fuego. Empezad. Forrest: observa bien a tus compañeros budokas, y si te parece que alguno no será apto para ese entrenamiento, indícamelo.

—Muy bien —asintió Rock,

—Con orden y con método.

—Descuide.

Rock Forrest comenzó a distribuir a los budokas en pequeños grupos, en cada uno de los cuales habría dos hombres que simularían tener pistolas, y a los que los demás tenían que vencer sin darles tiempo a utilizarlas.

Un minuto más tarde, el entrenamiento estaba en marcha. En el sótano resonaban los Kiai, los hombres saltaban, o lanzaban golpes, o señalaban las veloces presas, o las suaves, pero eficacísimos proyecciones o derribos de aikido... En la tarima, Kato Masayuki estuvo algo más de cinco minutos observándolos. Luego, al parecer satisfecho, abandonó el gimnasio, en silencio.

Segundos más tarde entraba en un pequeño despacho, descolgaba el teléfono, y hacía una llamada.

—¿...?

—¡Kato —murmuró—. Los espero esta tarde.

—¿...?

—Ustedes mismos podrán comprobarlo. Tengo a los hombres entrenándose, y en mi opinión sus posibilidades son más que satisfactorias... De todos modos, como digo, ustedes mismos podrán comprobarlo.

—...

—Esa hora me parece buena

—...

—Hasta entonces.

* * *

—Ya es suficiente —jadeó Dolly, alzando una mano—.. Vamos a descansar todos hasta esta tarde.

Los budokas se quedaron mirándola con cierta expresión amable en sus

apagados ojos. Ni siquiera habían roto el sudor, mientras que Dolly y Pei Yi sudaban copiosamente.

—Será mejor que os duchéis —aconsejó Forrest.

—Desde luego —aceptó Pei Yi—. ¿Cómo es que vosotros ni siquiera habéis empezado a sudar?

—Bueno —sonrió el judoka—, para nosotros esto que Masayuki ha llamado un entrenamiento ni siquiera ha sido un precalentamiento muscular... ¿Verdad, Peter?

Peter Brodine farfulló algo por lo bajo, y abandonó el gimnasio. Los demás reaccionaron, entonces, y fueron saliendo tras él. Forrest los estuvo mirando, luego miró a las dos muchachas, y encogió los hombros.

—Hasta luego —se despidió.

Salió del gimnasio. Pei Yi y Dolly fueron hacia donde se habían habilitado las duchas, y entraron. Afuera, Rock Forrest se había detenido. No quedaba nadie en el pasillo. Regresó al interior del gimnasio y cerró silenciosamente la puerta de éste, quedando inmóvil. Hasta él llegó el rumor del agua de las duchas.

Se dirigió hacia éstas, entró en el pequeño cuarto, y sonrió secamente al ver a Dolly y Pei Vi en dos de las duchas, que ni siquiera tenían cortinas de plástico. Dolly fue la primera en verle a través del agua, y lanzó un gritito de alegría.

—¡Pero quién está aquí...! —exclamó—. ¡El bello rubio!

—¿Qué dices? —preguntó Pei Yi; en seguida Vio también a Rock Forrest, y sonrió, sacando su cabeza de debajo del agua—. Vaya, no me digas que eres un mirón, Forrest.

Este continuó caminando hacia las duchas como si nada le importase. Metió la mano en la que ocupaba Dolly, asió a ésta por los mojados cabellos, y la sacó de un tirón.

—¡Heeeeyyy! —gritó la pelirroja—. ¡Animal, me haces daño!

Sujetándola por los cabellos con la mano derecha, Rock tiró con más fuerza de ella, arrastrándola hacia la otra ducha, donde Pei Yi se disponía a salir, frunciendo el ceño.

—¡Oye, ten cuidado con lo que...!

La mano izquierda de Rock Forrest asió también los cabellos de Pei Yi, dio

un tirón, y la chinita cayó de rodillas ante él, suspendida por los cabellos, prácticamente.

—Pero..., ¿estás loco? —chilló—. ¡Suéltame!

Forrest la puso en pie de un tirón, y luego movió los brazos con fuerza, acercando una mano a otra. La consecuencia lógica fue que Pei Yi y Dolly chocaron de cara violentamente, sufriendo el consiguiente dolor. Dolly lanzó acto seguido un grito de furia, y comenzó a golpear con sus pequeños puños a Rock Forrest, que se limitó a extender el brazo, de modo que quedó fuera del alcance de las manos de la pelirroja. Y aún más fuera del alcance de las de Pei Yi, más menuda, de menor envergadura.

—¡Suéltanos! —chillaba Dolly—, ¡Cabrón de mierda, suéltanos o te vamos a arrancar los...!

Rock Forrest volvió a juntar los brazos. Las frentes de ambas mujeres chocaron. El impacto resultó terrible para Pei Yi, que cayó de nuevo de rodillas, gimiendo. Dolly estaba enfurecida como una gata, y comenzó a lanzar zarpazos y puntapiés. Sin la menor compasión, el judoka giró sobre sí mismo, con fuerza, obligando a las dos mujeres a desplazarse velozmente..., y soltó a Dolly, que salió disparada contra la pared. Se dio allí de pecho y cara, rebotó, y quedó tendida de espaldas en el suelo, sin sentido.

Pei Yi, sin dejar de gritar agudamente, hacía esfuerzos por soltarse de la mano que sujetaba sus cabellos, clavando en ella las uñas, lo que, ciertamente, molestó a Rock, que zarandeó la cabeza de la chinita, la aproximó más, y sin alterarse le aplicó una simple... y tremenda bofetada en pleno rostro, que resonó como un petardo.

La chinita dejó de gritar, de debatirse, de intentar clavar sus uñas en la mano del judoka. Se quedó mirándolo fijamente, muy abiertos los bonitos ojos, temblando su no menos bonito cuerpo.

—Así está mejor —aprobó Forrest—; nada de histerias, o te voy a romper la cabeza como si fuese un huevo. Vamos a charlar tranquilamente. ¿De acuerdo?

Pei Yi tragó saliva, y movió apenas la cabeza, asintiendo.

—Muy bien, putita privada. ¿O no eres una putita privada de Kato Masayuki? ¡Contesta!

—El... él casi nunca... tiene fuerzas para... para eso... Pero sí, nos contrató... para todo.

—¿Qué quiere decir para todo?

—Si le viene de gusto, pues nos... nos acostamos con él, pero estas cosas le tienen sin cuidado... Es muy viejo...

—Entonces, ¿para qué os contrató, básicamente?

—Para que... estuviésemos cerca de él en todo momento, por si... por si nos necesitaba...

—Os necesitaba..., ¿para qué?

—Bueno, quizá alguno de los budokas se pusiera difícil...

Rock apretó un instante los labios.

—¿Quieres decir que sois sus ejecutoras si algo no va bien?

—Sí... Sí.

—¿Qué me dices? ¡Dos mujeres trabajando de guardaespaldas y asesinas! No es demasiado ingenioso, pero sí debe ser práctico, ya que, ¿quién va a desconfiar de dos angelitos tan lindos como vosotras? Pero me apuesto otras tres costillas a que si las cosas os hubieran ido mal conmigo, en aquel apartamento que alquilasteis sólo para meterme en el cepo, me habríais liquidado a punta de pistola... ¿A que sí?

—No, no...

—Vamos, nena, no es momento de tonterías. La pelota ya está en juego; ahora nadie puede detener el partido. ¿A que sí?

—Bueno, llevábamos nuestras pistolas, claro...

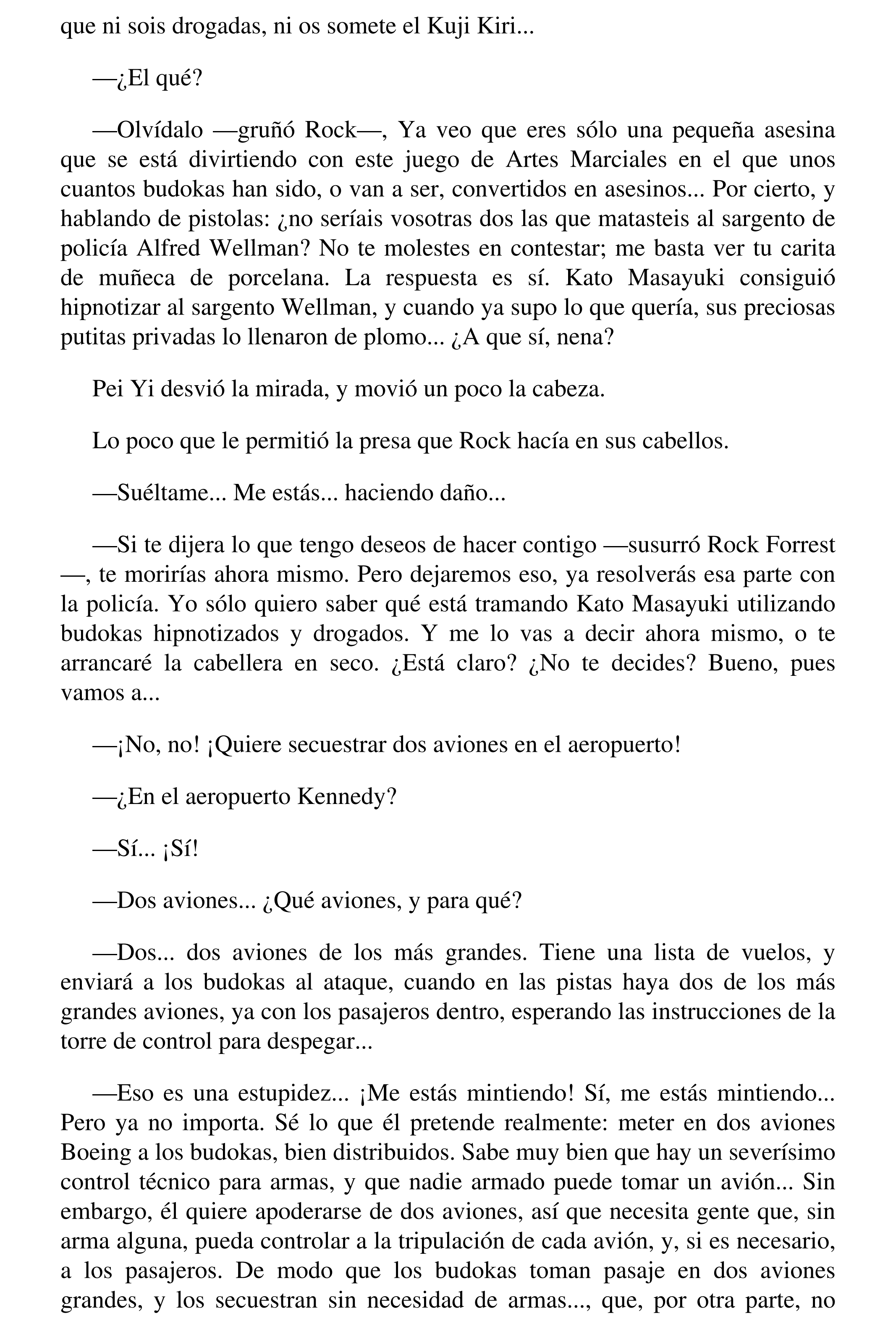
—¡Qué par de monadas! De modo que si yo me hubiera puesto difícil, un par de balas en la cabeza y asunto terminado, ¿eh? Está bien, vamos a dejar eso. ¿Qué es lo que está tramando Masayuki?

—No sé... ¡No lo sé!

—Chinita —deslizó fríamente Rock—; ¿te gustaría que te estrellase contra la pared proyectándote con un uchi mata? Soy especialista en ese movimiento especial, el que domino mejor, el que me resulta más eficaz... ¿Te gustaría convertirte en una tortilla de carne y huesos contra la pared?

—Estás loco... Cuando Masayuki y los otros...

—No te preocupes por mí. En cuanto a Masayuki, me las entenderé con él sin problemas. Pero antes de ir a verlo quisiera saber lo que está tramando. Y sé que vosotras lo sabéis, que vosotras gozáis de su completa confianza, ya



que ni sois drogadas, ni os somete el Kuji Kiri...

—¿El qué?

—Olvídalo —gruñó Rock—, Ya veo que eres sólo una pequeña asesina que se está divirtiendo con este juego de Artes Marciales en el que unos cuantos budokas han sido, o van a ser, convertidos en asesinos... Por cierto, y hablando de pistolas: ¿no seríais vosotras dos las que matasteis al sargento de policía Alfred Wellman? No te molestes en contestar; me basta ver tu carita de muñeca de porcelana. La respuesta es sí. Kato Masayuki consiguió hipnotizar al sargento Wellman, y cuando ya supo lo que quería, sus preciosas putitas privadas lo llenaron de plomo... ¿A que sí, nena?

Pei Yi desvió la mirada, y movió un poco la cabeza.

Lo poco que le permitió la presa que Rock hacía en sus cabellos.

—Suéltame... Me estás... haciendo daño...

—Si te dijera lo que tengo deseos de hacer contigo —susurró Rock Forrest —, te morirías ahora mismo. Pero dejaremos eso, ya resolverás esa parte con la policía. Yo sólo quiero saber qué está tramando Kato Masayuki utilizando budokas hipnotizados y drogados. Y me lo vas a decir ahora mismo, o te arrancaré la cabellera en seco. ¿Está claro? ¿No te decides? Bueno, pues vamos a...

—¡No, no! ¡Quiere secuestrar dos aviones en el aeropuerto!

—¿En el aeropuerto Kennedy?

—Sí... ¡Sí!

—Dos aviones... ¿Qué aviones, y para qué?

—Dos... dos aviones de los más grandes. Tiene una lista de vuelos, y enviará a los budokas al ataque, cuando en las pistas haya dos de los más grandes aviones, ya con los pasajeros dentro, esperando las instrucciones de la torre de control para despegar...

—Eso es una estupidez... ¡Me estás mintiendo! Sí, me estás mintiendo... Pero ya no importa. Sé lo que él pretende realmente: meter en dos aviones Boeing a los budokas, bien distribuidos. Sabe muy bien que hay un severísimo control técnico para armas, y que nadie armado puede tomar un avión... Sin embargo, él quiere apoderarse de dos aviones, así que necesita gente que, sin arma alguna, pueda controlar a la tripulación de cada avión, y, si es necesario, a los pasajeros. De modo que los budokas toman pasaje en dos aviones grandes, y los secuestran sin necesidad de armas..., que, por otra parte, no

podrían llevar, ya que serían detectadas en sus equipajes o en sus personas. Magnífico: ocho o diez budokas en cada avión, y... ¡a ver quién se atreve con ellos! Y nada de armas... Está bien: ¿para qué quiere esos dos aviones?

—No lo sé... ¡Te juro que eso no lo sé!

—Pei Yi: te voy a convertir en tortilla...

—¡Te digo que no lo sé! Sé que esta tarde han de venir unos hombres a hablar con Masayuki. Son los hombres que le han contratado para que les consiga esos dos aviones, ¡y no sé nada más!

Rock Forrest se quedó mirando a la chinita. Por fin asintió como aceptando, y sin más la golpeó con el canto de la mano en un lado del cuello. Pei Yi puso los ojos en blanco, y quedó colgando de la mano del budoka, hasta que éste la depositó en el suelo. Poco después, tanto Pei Yi como Dolly estaban sólidamente amarradas con los cinturones negros..., que ciertamente ni les correspondían ni los merecían. Con los pantalones del judoki y el karategi les ató también los pies, y con las chaquetillas se las arregló para inmovilizarlas aún más y amordazarías con las mangas.

—Dos bellos paquetes —comentó finalmente, mirándolas.

Acto seguido abandonó las duchas y el gimnasio.

CAPITULO VIII

La puerta del despacho se abrió. Kato Masayuki alzó la cabeza, y sus penetrantes ojos se fijaron hoscamente en Rock Forrest.

—¿Qué haces aquí? —gruñó—. ¡Nadie te ha llamado! ¡Vuelve con los demás!

Forrest se acercó, y se sentó en un sillón delante de la mesa, sonriendo amablemente.

—He venido a charlar un rato con usted, Masayuki.

—Hablaremos cuando yo te lo diga. ¡Fuera de aquí!

—Es usted muy insociable.

La mirada del viejo japonés pareció congelarse. Sus ojos se concentraron en los de Rock Forrest, que soportó la mirada sin pestañear... Masayuki

comenzó a hacer los signos cabalísticos del Kuji Kiri, pero todo lo que consiguió fue que Forrest sonriese amablemente de nuevo.

—No se esfuerce más; es perder el tiempo —aseguró muy tranquilo—. Y para darle una pista, voy a hacerle un dibujo muy interesante.

Se alzó del sillón, se acercó a la mesa, y tras tomar un rotulador rojo que Masayuki había estado utilizando, lo rechazó, y tomó uno negro. Con él, dibujó rápidamente la negra estrella de la Kuro Arashi sobre el plano del Kennedy Airport, le dio la vuelta, y señaló con el rotulador.

—¿Ha visto esto antes alguna vez? —preguntó.

Lentamente, Masayuki miró la estrella de seis puntas. Con la misma lentitud, volvió a mirar a Rock.

—No —murmuró.

—Pues lo siento por usted. Ha tenido la mala suerte de tropezar con la Negra Tempestad, Masayuki. La dirige un viejo Maestro de Artes Marciales que reside en Japón, en un bonito ryokan cerca de Tokio. Nosotros lo llamamos Sensei. Y tengo la seguridad de que, siendo usted japonés no precisa que le aclare lo que significan las palabras japonesas ryokan y Sensei.

—No. Son una casa en el campo y un maestro, respectivamente.

—Exacto. Nuestro Maestro..., me refiero, ahora, a Peter Brodine y a mí, nos enseñó muchas cosas. Algunas de ellas, de un modo anecdótico. Tanto, que Peter decidió no desperdiciar tiempo en ellas, y dedicarse a fondo al karate. Yo fui más... obediente, y por eso me ha ido mejor en esta ocasión. Una de las cosas que mi Maestro me enseñó, ya le digo que casi anecdóticamente, fue el modo de bloquear la mente cuando alguien intentaba utilizar la vieja técnica del Kuji Kiri. Lo que significa que, salvo el ligero atontamiento, la pequeña pérdida de facultades ocasionada por la droga que ingerí ayer con la leche y hoy con el café, mi mente ha estado en todo momento despierta y limpia de toda influencia. ¿Me comprende?

—No es cierto... ¡Me has estado obedeciendo en todo!

—Porque así me convenía.

—¡Pero... mataste a Alice Mayer... ¡Los otros lo vieron!

—Lo malo del hipnotismo es que, si funciona, atonta bastante, supongo —sonrió fríamente Rock Forrest—. Cuando yo simulé llamar a mi amigo policía para que me dijese dónde estaba la doctora Mayer, a quien llamé realmente fue el teniente Alsop, encargado de este asunto de los budokas asesinos. Se

puso hecho una fiera cuando le dije lo que yo quería hacer, pero tuvo que acceder, finalmente: me dijo dónde estaba la señorita Mayer, y lo preparó todo: desde un policía que sabía que yo le iba a pegar, hasta un abrecartas de guardarropía de cine. ¿Usted comprende? ¡Debió ver qué bien quedó cuando salió la sangre del pecho de Alice Mayer! La cual, naturalmente, también estaba advertida de cuál debía ser su papel.

Kato Masayuki continuaba mirando fijamente a Rock Forrest. Por fin, el viejo japonés musitó:

—Lo que significa que estoy... rodeado de policías, en este momento.

—No.

—¿No?

—En absoluto. Ya le he dicho que el teniente Alsop tuvo que aceptar mis condiciones. O se hacían las cosas a mi manera, o que se las arreglase como pudiera. Usted ha estado jugando con budokas, Masayuki..., así que serán los budokas los que terminen el juego.

—No comprendo. ¿La policía no siguió el coche de Pei Yi después de tu... comedia?

—No. Ya le digo que el juego corre a cuenta de los budokas. Y yo soy un budoka, Masayuki. ¿Qué es usted?

—¿Yo?

—Usted. ¿Para qué quiere esos dos aviones llenos de pasajeros?

—¿Cómo sabes...?

—He tenido una conversación con Dolly y Pei Yi. A ellas sí les meterá mano muy gustosamente la policía, por el asesinato del sargento Wellman. Pero a usted quiero meterle mano yo personalmente... ¿Para qué quiere esos dos aviones?

—No te lo diré.

—¿Qué apostamos a que sí? Mire, yo no tengo que hacer más que romperle a usted el cuello, cosa que sería sumamente fácil, y esperar aquí a los hombres que vendrán esta tarde. Ellos dirían todo lo que se tenga que decir sobre el asuntó, de todos modos, y usted estaría muerto. ¿Qué le parece? ¿No sería una tontería por su parte?

—¿Tienes algo mejor que ofrecerme?

—Desde luego: su vida. Si me explica el asunto, lo dejaré vivir, y siempre se está mejor en la cárcel que en el cementerio. Pero si se niega a explicármelo, le partiré la cabeza. Mi especialidad es el judo, pero sé lo suficiente de karate para partir su frágil cabecita.

—No lo harías.

—No sea cretino. ¿De verdad quiere que se lo demuestre? Kato Masayuki se pasó la lengua por los labios.

—No —murmuró—. No quiero. Te diré la verdad.

—Muy bien —Rock volvió a sentarse en el sillón—. Le escucho.

—Esos dos aviones serían dos Boeing que contendrían en total ciento sesenta pasajeros, según mis cálculos. Obligados por los budokas, las tripulaciones de esos aviones los llevarían a determinado aeropuerto donde estarían esperando hombres armados que los ocuparían definitivamente. Ya con armas, y disponiendo de dos aviones y ciento sesenta personas como rehenes, expondrían sus pretensiones al Gobierno de Estados Unidos.

—¿Qué pretensiones?

—Cuatro bombarderos y una docena de cazas, abarrotados de bombas, armas y municiones, y que deberían ser entregados en otro aeropuerto, donde otros hombres se harían cargo de ellos y emprenderían vuelo hacia el continente sudamericano.

—¿Con qué objeto? —preguntó Rock, pálido.

—Hay un proyecto de revolución en un país de América del Sur. Y los revolucionarios han ideado esto para, antes de iniciar la revolución normal, machacar las fuerzas regulares de ese país. Como no disponen de armamento ni material, idearon esto, Después de una pasada de los bombarderos y los cazas, todo les resultaría ya muy fácil.

—¿Qué país es ése?

—No lo sé. Yo sólo conozco a los hombres que están dirigiendo esto desde aquí,

—¿Y cómo los conoció?

—Bueno... Hace unos años yo hacía pequeñas cosas de espionaje internacional en Sudamérica. Ellos me conocían, y vinieron a pedirme ayuda aquí, en Nueva York. Les dije que estaba retirado, pero me ofrecieron tal cantidad que habría sido absurdo negarme. Entonces, se me ocurrió lo de los

budokas... En fin, todo eso.

—¿Cuándo van a venir esos hombres, a qué hora?

—A las seis —sonrió Masayuki—, pero tú no los verás.

La mano derecha de Masayuki apareció de pronto, retirando la pistola del cajón que había estado abriendo lentamente mientras tenía a Rock pendiente de la conversación... El budoka se quedó mirando el arma que apuntaba con sorprendente firmeza a su pecho.

—Le felicito —murmuró—. Me ha tenido tan pendiente, de su explicación que no me he dado cuenta de lo que hacía.

—Ese era mi propósito —replicó fríamente Masayuki—; de otro modo, no te habría dado tantas explicaciones.

—Debí sospechar algo —frunció el ceño Rock—. Pero, en fin, mala suerte... ¡para usted!

Se deslizó hacia delante, cayendo desde el sillón al suelo, sentado, y, mientras sonaba el apagado chasquido del disparo hecho con silenciador de origen, las piernas de Rock Forrest se distendieron con fuerza hacia la mesa tras la cual estaba Kato Masayuki.

El budoka lanzó un alarido de dolor cuando las piernas chocaron contra la mesa; fue como si se le rompiese la pierna herida, y como si sus costillas rotas saltasen definitivamente en pedazos..., pero la mesa salió despedida contra Masayuki, golpeándole con un lado en el pecho y derribándolo hacia atrás, sillón incluido.

Kato Masayuki rodó por el suelo, gritando agudamente, y se revolvió con sorprendente agilidad, alzando de nuevo la pistola, que sujetaba con fuerza desesperada. Vio aparecer a Forrest por un lado de la volcada mesa, y disparó de nuevo. La bala pasó rozando la cabeza de Rock, que saltó hacia delante, y su pie derecho se apoyó en el antebrazo de Masayuki, bajándolo, aplastándolo contra el suelo. La pistola escapó de los huesudos dedos, pero el japonés, chillando enloquecido de furia, consiguió alcanzarla con la mano izquierda.

—¡Déjela! —gritó Forrest.

Inútil. Masayuki alzó la pistola hacia él..., y Rock Forrest dejó de aplastar el brazo derecho del japonés para lanzar el pie hacia la mano armada. La punta del pie golpeó por debajo de la mano de Masayuki una fracción de segundo antes de que éste terminase de apretar el gatillo.

De este modo, cuando la bala salió la pistola estaba apuntando hacia el

rostro de Kato Masayuki, debido a la violencia del puntapié de Rock... El ojo derecho de Masayuki reventó, como una diminuta uva pinchada, y la parte posterior de su cabeza fue sacudida por la explosión de salida de la bala, que originó allí, un boquete hacia arriba, como el cráter de un pequeño, pequeñísimo volcán... que escupiese sangre, masa encefálica, esquirlas de hueso...

Rock Forrest estuvo uros segundos mirando a Kato Masayuki.

Luego, puso la mesa bien, colocó encima el teléfono, y marcó un número.

—¿...?

—Quiero hablar con el teniente Alsop. Si, espero... ¿Teniente? Soy Forrest...

—¡¿...?!

—Le diré dónde estoy si me jura que no vendrá usted antes de las seis y cinco de esta tarde..., y si me garantiza que tendrá preparado personal médico para atender a unos cuantos hombres que han sido sometidos a drogas e hipnotismo.

— ¡ . . . !

—Puede tomarlo o dejarlo. Pero ya me conoce: o a mi manera, o sigo jugando yo solo..., con mis compañeros, Somos nosotros los que tenemos más motivos para...

—¡...!

—Está bien, es cierto: también a ustedes les han asesinado a un compañero. Pero, teniente, ya le he dicho mis condiciones.

—¡...!

—No se lo tome así. Bueno, la verdad es que no sé dónde estoy, pero puedo decirle el número del teléfono desde el que le estoy llamando, y no dudo que usted localizará el sitio exacto, ¿Toma usted nota?

—...

—Bien. Estoy en...

* * *

El coche se detuvo delante del garaje, y en seguida; la puerta de éste se abrió. El coche entró en el garaje, y los tres hombres se apearon, y se

quedaron mirando al rubio personaje que los miraba con amable atención.

—¿Dónde está Masayuki? —preguntó uno de ellos, en inglés, pero con indiscutible acento sudamericano.

—Les está esperando. Síganme.

Los tres hombres cambiaron miradas entre sí. Luego, miraron al rubio atleta.

—Está bien, vamos allá.

El rubio asintió, abrió la puerta, y señaló los escalones. Fue el primero en iniciar el descenso hacia el pasillo, cojeando un poco. Recorrieron el pasillo, subieron el otro tramo de escalones, cruzaron el vestíbulo, bajaron el otro tramo de escalones... Los tres hombres iban mirando de un lado a otro. Descendieron. Más pasillo. Por fin, de pronto, desembocaron en una gran sala, en la que quince hombres ataviados con judogis y karategis se estaban entrenando suave y silenciosamente.

Los tres sudamericanos dirigieron su hosca mirada hacia el rubio guía.

—¿Dónde está Masayuki? —gruñó uno de ellos.

—Murió.

—¿Qué? —respingó el portavoz del trío.

—Sí... Murió. Pero permítanme presentarles a mis compañeros budokas... Son los hombres que tendrían que haber hecho el trabajo de los aviones, ya saben. Aún están... aturdidos, pero saben que antes de morir Masayuki me dejó al frente de esto, y que deben obedecerme a mí. ¿No es cierto, muchachos?

Hubo un murmullo de asentimiento. Los tres sudamericanos miraron hacia el grupo, y de nuevo a Rock Forrest.

—No nos gusta esto. Sin Masayuki al frente, no queremos saber nada.

—Les comprendo. Sin embargo, no les he traído aquí para proponerles que el asunto siga en marcha. Eso, quítenselo de la cabeza. Les he traído aquí para que se convenciesen por sí mismos de que Masayuki eligió personal adecuado: son eficacísimos. Unos más, otros menos, pero eficacísimos. Quiero que esto quede bien claro, caballeros.

—Nadie ha discutido eso —gruñó el otro—. Y si ya ha dicho todo lo que tenía que decir...

—No he terminado aún. Tengo que decirles que la policía llegará dentro de unos tres minutos, y que me gustaría entregarlos a ustedes ya desarmados y... tranquilizados. ¿Me entregan sus armas, por favor?

Los tres hombres habían palidecido. Sus miradas, vidriosas de pronto, parecían saltar de un lado a otro. Uno de ellos movió la mano derecha hacia la axila izquierda.

—Le sugiero que lo piense bien —musitó Rock—. Están ustedes frente a unos budokas asesinos. Mi consejo es que me entreguen sus armas, sin más complicaciones.

—Están desarmados —susurró uno de los sudamericanos—. ¡Podemos tenerlos a raya y salir de aquí!

Su mano se movió velozmente hacia donde guardaba la pistola, y los demás le imitaron con gesto no menos veloz.

—¡YAIIIIIII! —resonó el primer Kiai.

El primero en sacar precipitadamente el arma lanzó un chillido de espanto cuando vio volar hacia él a uno de los budokas, encogidas las piernas, tenso el rostro. A menos de medio metro, llegaba otro, aún más alto. Y detrás, otro...

—¡No los matéis! —gritó Rock.

Sonó al mismo tiempo el primer disparo y el crujido de una cabeza. Uno de los budokas gritó en el aíre, y cayó a plomo, mientras el que le seguía disparaba su pie derecho en espeluznante yoko geri, que alcanzó de lleno la frente del sudamericano que había disparado; la frente quedó hundida como si hubiese sido de simple cera, mientras el hombre salía despedido hacia atrás, muerto en el acto.

—¡TEEEEeeeEEEOOOQOQ...!

—¡DAAAaaAAAAA!

—¡SHUUüúúúUUU!

Los Kiai atronaban el aire más que los escasos disparos que llegaron a efectuarse...

Otro budoka cayó herido, pero los demás llegaron hasta los dos hombres armados, y los revolcaron por el suelo con silbantes trallazos de pies, que esta vez golpearon con fuerza más controlada.

Y pasada la primera oleada de karatekas, cuando los dos sujetos se ponían en pie tambaleantes y buscando alrededor de ellos por el suelo, en busca de

las pistolas…, llegaron los judokas... Uno de los sujetos chilló cuando el judoka pasó junto a él sujetándole con las dos manos por la solapa derecha, lo arrastró cargándoselo en la cadera de este lado, y lo proyectó como si fuese un simple muñeco de paja con un tremendo yama arashi, Tempestad en la Montaña, que lo estrelló contra la pared.

El siguiente judoka, que comenzó a empujar el otro enemigo, cedió en seguida hacía atrás cuando encontró resistencia; se dejó caer sentado entre las piernas del hombre, mientras su derecha subía, y el pie se incrustaba en el bajo vientre y sus manos tiraban de la ropa del adversario..., que lanzó un chillido cuando salió volando a más de dos metros de altura debido al impresionante tomoe nage conseguido al distender el judoka la pierna que se apoyaba en su vientre... No llegó hasta la pared, pero cayó duramente al suelo, rodó, y se puso en pie sin saber ya ni tan siquiera dónde estaba, desencajado el rostro.

Unas manos fuertes como cepos le asieron suavemente por una de las suyas. Sintió un tirón, consiguió centrar su mirada, y vio a su compañero salir volando de las manos de otro de aquellos demonios vestidos de blanco..., en el mismo momento en que él también salía volando de las manos del aikidoka, que lo manejó con una facilidad y una elegancia admirables,

—¡Ya basta! —gritó Rock Forrest—. ¡Ya basta, o los vais a matar!

De alguna parte llegó, congestionada, la voz del teniente de policía Alsop:

—¡Forrest! ¡Forrest, maldita sea, ¿dónde está...?!

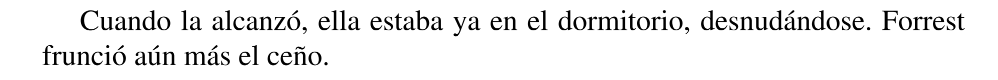
ESTE ES EL FINAL

—¿Puedo pasar? —murmuró Alice Mayer.

En el umbral de la puerta de su apartamento. Rock Forrest estuvo unos segundos contemplando hoscamente a la doctora en Psicología. Por fin, soltó un gruñido, y se apartó.

—No voy a ser menos cortés que usted —farfulló—, pero ya sabe que no me gustan los chivatos. Así que sea breve, por favor.

Alice entró en el apartamento. Forrest permanecía de pie ante ella, en el pequeño vestíbulo, esperando. Alice pasó junto a él, hacia el interior del apartamento, sin decir nada. El judoka la miró, frunció el ceño, miró la puerta..., y acabó por cerrarla y caminar en pos de la doctora.



Cuando la alcanzó, ella estaba ya en el dormitorio, desnudándose. Forrest frunció aún más el ceño.

—¿Qué demonios está tramando? —graznó.

Alice Mayer terminó de desnudarse, se acercó a Forrest, y se colgó de su cuello.

—Te diré cómo están las cosas, Rock: los dos sudamericanos que quedaron vivos están en manos de la CIA. La china y la pelirroja, están en manos de la policía, acusadas del asesinato del sargento Alfred Wellman; los pasajeros de los aviones que iban a ser secuestrados están volando tranquilamente hacia sus destinos; yo acabo de estar en tu club de judo, donde me he inscrito..., y al enterarme de que todavía no estás en condiciones de dar clases por culpa de tu pierna y tus costillas roías, me he dicho: me voy a pasar la noche con Rock,

—Nada de eso. Precisamente, iba a salir ahora.

—¿Ahora? ¿Y adónde pensabas ir?

—A ver a Peter Brodine, y a los otros que...

—¡Pero si están muy bien! Antes de venir aquí llamé a tu amigo Yamagami, que por cierto también está muy bien, para decirle que Peter Brodine está bien, y que, aparte de lo que la ley decida sobre su intervención con los otros dos en la muerte de Katy Vinter, sus condiciones físicas y mentales son perfectas.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Porque he colaborado con la policía como psicólogo, para aclarar las cosas, ayudando a tus compañeros como he podido.

—¿Eso has hecho? —murmuró Rock.

—Lo juro. Vaya mi chivatazo por esto... ¿O no?

—Bueno... Nadie es perfecto —dijo Rock, deslizando sus manos hacia las caderas de Alice Mayer—. Y de todos modos, no tenía muchas ganas de salir esta noche...

F I N